

EL VIAJE

SIN RETORNO

Cuentos largos de café vol. 1



UNA
COLECCIÓN
DE JORGE
SACHA

El viaje sin retorno

CUENTOS LARGOS DE CAFÉ
VOL. 1

Jorge Sacha

Imagen de portada: [Kurity](#)

Página de autor de [Jorge Sacha](#)

*Para María García-Lliberós,
que con su maravilloso taller
de narrativa prendió en mí por fin
la chispa de la motivación.*

Estimado/a lector/a,

en esta obra hallará una serie de relatos que son independientes entre sí, lo que no es óbice para que algunos de ellos se encuentren relacionados, y que incluso conformen una mini-saga dentro del libro. Unas veces estas mini-sagas serán claras y otras únicamente sugeridas. Se topará con relatos que desearía que continuaran y no lo hacen, de la misma manera en que unos cuantos le molestarán en algún estrato inconfesable de su moral. Algunos acariciarán su nervio de la risa, y otros le sumergirán en los planos oscuros del alma. En todos los casos le animo a que analice cada relato individualmente, como un hiper-resumen de un episodio de la vida de alguien. Mas del mismo modo como un todo, pues en ellos (en algunos más que en otros) se plasma un viaje sin retorno, *el* viaje sin retorno que experimentamos con cada elección de nuestra vida.

Índice

1. [El sombrero bermellón](#)
 2. [La roca del lago](#)
 3. [Instrucciones para entrar en el mundo](#)
 4. [Entrevista de trabajo](#)
 5. [Cerrar círculos](#)
 6. [El viaje sin retorno](#)
 7. [La verdad en el espigón](#)
 8. [Redescubrir lo nuestro](#)
 9. [Luz azul](#)
 10. [Comunicando](#)
 11. [Lo peor del ser humano](#)
 12. [El más extraño encuentro](#)
 13. [Los pasillos del odio](#)
 14. [La prueba de fuego](#)
 15. [Paz interior](#)
 16. [Instrucciones para salir del mundo](#)
 17. [El fondo de la taza de café](#)
 18. [Redefinir nuestra amistad](#)
 19. [La senda que se vuelve a pisar](#)
 20. [Motivos profundos](#)
 21. [Temblar](#)
 22. [Poliamor](#)
 23. [Otoño en la lápida](#)
 24. [En busca de Paula Verdes](#)
 25. [Setas brillantes](#)
 26. [En invierno el sol es blanco](#)
 27. [Iván el No Tan Terrible](#)
 28. [El pollo mágico](#)
 29. [Matar la ballena](#)
- [Epílogo: Detú colige](#)

1. El sombrero bermellón

Cuando vi su foto en el periódico no me lo podía creer.

Había entrado tantas veces a mi establecimiento. Habíamos hablado en tantas ocasiones. Le había servido tantos cafés... Y esas manos que habían tocado mis tazas eran unas manos asesinas. Mi primer impulso fue lavar toda la vajilla con lejía. El segundo, leer hasta el último detalle de la noticia. Y el tercero llamar a la policía, para ayudar a esclarecer el crimen.

Creía conocer al asesino. Lo había observado muchas veces, durante mucho tiempo. No es que espiara a mis clientes. Pero cualquiera que haya trabajado en hostelería entenderá lo que quiero decir. Uno llega a ser consciente de sus actitudes y comportamientos, sobretodo de aquéllos más habituales. Siempre están ahí, de fondo en tu campo visual. Cuando pasas un paño por encima de la cafetera. Cuando repones la vitrina. Son el escenario de tu trabajo. Además en este caso había hablado con Philippe en numerosas ocasiones.

Por eso digo que creía conocerlo. Sabía cómo quería el café, a qué hora venía y cuánto tiempo se quedaba, incluso conocía algo de su vida por ligeras conversaciones que mantuvimos. Había trabajado de estibador en el puerto de Marsella, un puesto bien pagado. Pero un accidente le lesionó una muñeca y lo invalidó durante mucho tiempo. Aprovechó la baja para trasladarse a Valencia y dedicarse a escribir; una nueva modalidad, me decía. Algo entre el género epistolar y el teatro. Me lo explicó alguna vez, no lo entendí. El caso es que publicó algunas obras y decidió quedarse en Valencia tras su recuperación.

Esa muñeca lastimada... ahora lastimaba.

Seguía sin poder creérmelo. Había asesinado a una mujer de unos treinta años, a la que no conocía, tras perseguirla hasta el portal de su casa. Por lo que se sabe, no hubo agresión sexual. Sólo un filo en la noche, sangre y muerte. Incomprensible, se me hace incomprensible.

Una vez Philippe me preguntó por otra clienta habitual que solía sentarse sola, y en la que él se había fijado. “Se llama Clara”, le dije, “y le gusta el café intenso como a ti”. Ahora me doy cuenta de que podría haber sido ella la víctima. Y podría haber muerto por mi culpa. En todo caso, nunca debí decirle esas palabras. Quizás a Clara no le habría gustado. Pero una sensación de hermandad con mis clientes me empujó a facilitar que se conocieran. Un

error, sin duda.

Philippe a veces decía al entrar que le gustaba el olor del café que le daba la bienvenida. Pero ya no lo podrá decir más, está muerto. Cosido a tiros por el policía al que intentó agredir sin éxito con un cuchillo cuando éste fue a buscarlo para detenerlo como sospechoso del asesinato. Quizás yo lo he visto tomarse su último café. Quizás he sido yo quien le ha visto sonreír por última vez. Sospecho que vivía solo, por las cosas que me contaba. Por eso sé que no sonreiría mucho.

De repente se me ocurrió que había dado por supuesto que no era Clara la víctima. ¿Por qué? Abrí internet y busqué información sobre la noticia. A veces tardaban en dar el nombre de la víctima en el apartado de sucesos, pero siempre lo acababan haciendo...

Mi corazón se detuvo. Me mareé y estuve a punto de desmayarme.

El nombre de la víctima era Clara Pérez. Era ella. La misma Clara Pérez que venía a mi establecimiento a tomarse su café con leche bien cargado, mientras trabajaba en su portátil durante horas. La misma que a veces se recostaba en el sofá y miraba la calle a través de las cristaleras bañadas por el sol de la tarde. La misma cuyas manos yo había rozado tan a menudo, unas veces sin querer y otras queriendo, cuando le devolvía el cambio. La misma que me solía sonreír, cansada, mientras exclamaba desde su mesa: “¡Cuánto trabajo! ¡No acabo nunca!”. Regentaba una pequeña cadena de sombrererías. No tenía sede central. “Mi sede está en ese sofá”, me decía. No quería incomodar a sus empleados con constantes visitas que la hicieran parecer una jefa controladora.

Y estaba muerta.

Dos vidas, la de Clara y la de Philippe, cercenadas porque se habían encontrado. Y se habían encontrado gracias a mí. O por lo menos, gracias a mi establecimiento. Una cafetería donde yo soñaba con hermanar y hacer sentir bien a la gente. Debí haber preservado la privacidad de Clara. Decirle a Philippe que no sabía nada de ella. Cualquier cosa menos intentar que se conocieran.

Cerré la tienda durante unos días y les di vacaciones a mis empleados. No me sentía con fuerzas de afrontar el día a día tras revelármeme la dureza de la verdad. Me sentía responsable hasta los tuétanos. Era una carga insoportable. En mi cafetería me veía a mí mismo como un confidente, un cómplice, casi un confesor de mis clientes... Había traicionado de manera abominable esa confianza. La base sobre la que había cimentado mi estilo de vida durante los

pasados diez años se había derrumbado.

Me dirigí a una de las antiguas sombrererías de Clara. Me dejé asesorar, no entendía gran cosa sobre sombreros. Noté un trato cálido por parte de los empleados, pero tamizado por una atmósfera de pesadumbre. Tras probarme diversos ejemplares, me decidí por un sombrero bajo, elegante, de color bermellón con una banda burdeos, y de un tacto sumamente agradable. Los colores me recordaban la manera de vestir de Clara. Lo llevé con orgullo al salir de la tienda, mientras comencé a reflexionar sobre el nuevo diseño que pretendía darle al logo de mi local.

Dos meses más tarde, una revista especializada hizo un *ranking* de las mejores cafeterías de la ciudad, y entre los puestos más altos se encontraba la mía. Una foto mostraba la entrada, con su flamante logo de neones carmesí con un sombrero que destacaba, enorme y refulgente, sobre el nombre del local. Yo aparecía junto a la puerta de entrada, con mi uniforme de trabajo, una impecable sonrisa y un sombrero bermellón en la cabeza.

Ese sombrero bermellón con cinta burdeos, bajo y elegante, que llevaría hasta el fin de mis días.

2. La roca del lago

Al fin me he atrevido. Hace tiempo que siento que debo hacerlo. Mi madre no lo aprobaría, no se lo digo. Que su hija veinteañera se vaya sola a la montaña, a realizar una suerte de senderismo meditativo durante una semana, no es plato de buen gusto para ningún progenitor. La versión oficial es que me voy con mis amigas a un apartamento de Benidorm.

Siempre he sido algo rara. Y aventurera. Estoy harta de que les digan a las mujeres lo que han de hacer. No pienso tener miedo, pase lo que pase. Como ser humano adulto, poseo todas las herramientas necesarias para salir de cualquier situación; igual que un hombre.

Me voy lejos. La cabaña que he alquilado es acogedora y rudimentaria. Una vez descargo y ordeno mi contingente de conservas, exploro los alrededores. Bosque y más bosque; lo que yo buscaba. Algún que otro sonido que sugiere el movimiento de la pequeña fauna. No espero cruzarme con ningún otro ser humano, sería lo ideal para mis sesiones de meditación.

Los primeros dos días hago rutas de senderismo. No tengo palabras para describir la belleza del lugar. Hay un lago de ensueño cerca. Allí es donde, el tercer día, decido realizar la primera sesión de meditación. ¿Por qué hacerla en la cabaña, teniendo esta maravilla de la naturaleza cerca? Es un lago pequeño, que los sauces de las orillas parecen querer esconder con su pronunciada inclinación. Hay una minúscula isla en el centro; no, se trata más bien de una roca emergida. Será mi santuario, mi Meca; me orientaré hacia ella al meditar. Me siento en la orilla cruzando las piernas, cierro los ojos y me abro a las sensaciones que el lugar me brinda. La brisa sobre mi piel, los rayos del sol acariciando mis párpados, los sonidos del bosque estimulando mis oídos. Jamás he experimentado una paz semejante. Pongo la mente en blanco. Me cuesta, incluso en este lugar sigo siendo un ser humano con preocupaciones de ciudad. Soy una persona inquieta, pero trato de relajarme. Durante breves lapsos sí consigo desechar los pensamientos. Comienzo a sentir la presencia de la naturaleza de otro modo. Pasa a ser una protagonista y una amiga. Los árboles son entes vivos, lo olvidamos a menudo. Quizás por autosugestión percibo sus almas. Una mosca revolotea en mi oreja, da fin al pseudo-nirvana. Abro los ojos, el mundo parece diferente; de otros colores al menos. La roca emergida del lago parece brillar. No hago caso, sé que se producen efectos ópticos al abrir los ojos tras mantenerlos cerrados un rato.

Pero mi Meca ya ha lanzado sus redes sobre mí; me parece más grande, me hechiza, me atrae, quiero nadar hasta ella. Sé nadar, no habría problema, y el agua está tranquila. Me apetece bañarme, ¿cómo no se me había ocurrido antes? No quiero mojar la ropa, pero me da miedo desnudarme. ¿Miedo? ¡No! Me prometí no tener miedo. No he visto a nadie en tres días, no va a aparecer alguien *justo ahora*. Me desnudo y dejo la ropa ordenada en un montón. Hace frío. Sólo he de aclimatarme, entrar al agua ayudará. Me sumerjo poco a poco; el agua está helada. Tonterías, si el agua no está congelada se puede una bañar. Me muevo para entrar en calor, braceo, hago largos. Las palabras paraíso y felicidad acuden a mi mente. Es el mejor retiro espiritual que alguien pueda desear. Ya no siento el frío, pero quiero subirme a la roca. Una voz interna me dice que quiero parecer una sirena de las historias mitológicas, bella e inaccesible. ¿Será posible que los estereotipos sobre las mujeres me sigan influyendo incluso aquí, tan lejos de todo? Ignoro mis pensamientos, obedezco mis impulsos.

Escalo la roca. Es cálida y suave, agradable tocarla. Me siento en ella, cierro los ojos y oriento mi cara al sol. Escurro mi pelo y lo echo a un lado. Me quedaré aquí hasta que me seque, y entonces volveré a bañarme. Voy a intentar de nuevo la meditación. Mejor *en* el santuario que mirando *hacia* el santuario, ¿no? Es curiosa la capacidad del ser humano para sacralizar ciertos objetos y lugares. Fuera pensamientos. Me es imposible, demasiadas sensaciones placenteras. El sol, la brisa, la soledad... Poder estar desnuda en plena naturaleza sin que haya un hombre observando y juzgando. Me siento tan a gusto que me entra sueño. Apoyo la espalda en la roca y me sumerjo en los mundos oníricos.

Mi despertar es intranquilo, algo me ha alertado. Espero que nada ni nadie perturbe la maravillosa experiencia que estoy viviendo. Oigo pasos. No me puedo creer que alguien vaya a estropear mi momento. Aguzo el oído. Parecen pasos de una sola persona. Las ramas crujen. Se acerca. La floresta es espesa, no distingo a nadie. No sé qué hacer, ¿me quedo aquí o me meto en el agua? Me siento más segura en la roca, pero más visible. Y no quiero hacer ruido al zambullirme. Quizá si no me muevo no me oiga y pase de largo. Es un hombre. Vislumbro su silueta atravesar los sauces más cercanos. Me entran ganas de llorar. Es evidente que habrá visto mi montón de ropa y querrá inspeccionar. He de ser fuerte. No por ser hombre ha de violar a la primera chica desnuda que vea. Tampoco sabe si estoy sola. Y quizás sea un

anciano, alguien inofensivo.

El hombre camina hasta mi montón de ropa en la orilla. Lo veo. Me ve. Hago esfuerzos para no entrar en pánico. Cruzo las piernas y cubro mis pechos con los brazos. Es joven, de unos treinta años. Lleva una mochila de excursionista, botas de montaña, gafas de sol. Se trata de un senderista como yo, solitario e inofensivo; trato de creer esto último con todas mis fuerzas. Pese a sus gafas oscuras, es obvio que tiene la mirada clavada en mí. "¿No querías ser una bella sirena que derrite la mirada de los mortales?", me dice una voz interna e inoportuna. "Ahora sólo soy un cachorro de cervatillo, abandonado por su madre y a merced de los depredadores", contesta mi conciencia. Noto cierta indecisión en el hombre, como si fuera a reanudar la marcha y después cambiara de opinión.

—¡Hola! —su voz suena amigable, pero para mí lo amigable sería que se fuera.

—Hola —es mi contestación automática.

—¿Estás sola? —me atrapa el miedo. Siento los latidos de mi corazón.

—Márchate —no se me ocurre otra respuesta a su pregunta.

Noto vacilar de nuevo al hombre. Sus gafas de sol me impiden captar más matices de su actitud. Se gira y emprende una marcha lenta hacia los árboles. Se detiene. Se da la vuelta. Me va a estallar el corazón. Camina de nuevo hacia mi ropa. Se quita las gafas de sol. Desde la distancia sus ojos me parecen verdes. Es atractivo. Desecho pensamientos de este tipo, desconozco las intenciones del intruso.

—Disculpa, no quería asustarte —dice. Se quita la mochila y extrae una libreta y un boli. Comienza a escribir acucillado. ¿Qué pretende? Noto mi cuerpo tenso de los pies a la cabeza. La paz experimentada minutos antes está hecha añicos. El debate interno continúa. No debería juzgar a cada hombre sin conocerlo. Si lo hago me pongo al nivel de los hombres machistas que prejuzgan a las mujeres. Pero la situación está más que enrarecida. Estoy desnuda en mitad de la nada, no puedo pedir ayuda a nadie y sólo me protege un trecho de agua. ¡Y este hombre no se va! Escribe durante lo que se me antoja una eternidad. Al fin acaba y arranca la hoja. La pliega y la deposita sobre mi ropa. Ojalá se la lleve el viento o se caiga al agua. No, tengo curiosidad por ver qué pone. ¿Pero se va o no se va?

—Adiós —dice, y reemprende la marcha, esta vez de manera decidida y jovial. No sin antes echarme una última mirada. Mis manos aún no han dejado de tapar mis vergüenzas.

—Adiós —contesto de nuevo de manera automática.

Tras un tiempo prudencial, entro en el agua y cruzo el lago hasta la orilla. Me visto sin esperar a secarme. Guardo la nota en un bolsillo. Camino hasta la cabaña a una velocidad que no creía poseer, echando a correr por momentos. Una vez dentro, abro la nota y la leo con avidez:

"De nuevo disculpa por haberte asustado. Me llamo Arturo. Me gusta hacer senderismo en solitario, experimentar la naturaleza. A cinco montañas de aquí tengo una cabaña donde estoy haciendo un retiro espiritual. No lo digo para que vengas, ni mucho menos. Me he encontrado contigo por casualidad. Tenía planificado visitar el Lago de la Sirena; hacer algo como lo que estás haciendo tú, desnudarme, bañarme. Pero te me has adelantado. Supongo que te he incomodado puesto que no esperabas encontrarte a nadie. Me surgía la duda de si a ti también te estresa la ciudad y te escapabas como yo. Me ha dado la impresión de que nos parecemos. A lo mejor me equivoco, me dejo llevar por la situación y creo estar en una película. Dejo a tu elección que nos veamos en la ciudad, con más ropa y con una mesa y dos cafés de por medio. Mi teléfono es 344546."

¿El Lago de la Sirena? No doy crédito, leo varias veces la nota. Demasiadas emociones, me seco y me echo en el catre. Pero no tengo sueño, ya he dormido un rato en la roca. ¿O debería decir "en la sirena"? Doy mil vueltas a la nota del tal Arturo, ese hombre al que parezco haber prejuzgado. ¿O no? No sabemos cómo son las personas en realidad hasta que las tratamos. ¿He de tomar una decisión respecto a su propuesta? Lo más lógico es que lo deje pasar. Comienzo a notar el efecto de no tener relación con ningún ser humano en días, no puedo parar de pensar en Arturo. Es atractivo, pero raro. Se aísla del mundo. Como yo. Si él es indeseable, yo también lo soy. No me considero indeseable. Me doy cuenta de que estoy tomando en serio su propuesta de vernos en la ciudad. Quizás por el roce de las sábanas, o las emociones de las últimas horas, noto un ardor entre las piernas. Deseo sexo. ¿Con Arturo? No lo conozco. "Pero es igual que tú", me dice esa voz interna tan inoportuna. "Y te pueden los ojos verdes, siempre lo han hecho". Tomaré una decisión cuando vuelva de mi retiro, estoy aquí para desconectar.

Sin embargo, todas las células de mi cuerpo me dicen que la decisión está tomada.

3. Instrucciones para entrar en el mundo

En lo más profundo de un cuarto habitaba un hombre. O más bien un proyecto de hombre. Entre pósters y pantallas, peluches y ordenadores, desarrollaba su invisible vida. Sus ojos, semi-ocultos bajo un cabello en guerra y asaltados por unas ojeras demoníacas, observaban un mundo compuesto de píxeles.

Durante una de las pausas que hacía cada dos o tres horas de juego, en que abandonaba su puesto frente al ordenador en su silla de *gamer* para sentarse en un *puff* muy cómodo en la otra esquina de la habitación, desde el que podía contemplar la calle allá abajo, decidió estirar la mano para sacar otra vez la carta del cajón y leerla por enésima vez.

“Pablo, o como te gusta llamarte, Paveleth, tu nombre de jugón, supongo que te sorpenderás al ver esta carta. Sé que la gente ya no escribe cartas, que no se estila, pero estoy segura de que no serás capaz de deshacerte de algo que he escrito a mano de la misma forma que te podrías deshacer de un whatsapp o un sms. Te conozco algo y sé que eres un nostálgico bajo esa máscara, que al menos conseguiré remover algo dentro de ti.

Me consta que eres una persona con sentimientos, como todas las demás. Aunque te hayas encerrado y hayas decidido engullir la llave, eres un ser humano que siente, que vive, que se alegra y que se entristece con las cosas que le pasan. Te escribo con la desesperada esperanza de que algo en ti vuelva a florecer, y deseas volver a ver la luz del sol.

Recuerdo cuando no éramos más que unos niñatos en el instituto que lidiaban con la pubertad. Tus miradas tímidas en el patio contrastaban con las monsergas despiadadas que me dabas en clase sobre las razas de elfos y enanos de Dragonlance y de la Tierra Media. Una vez te vi por la calle, fuera del ambiente del instituto, y fue agradable. A lo mejor no te lo dije, pero estuve bien. Aunque nos vimos por casualidad, pasamos la siguiente hora juntos, porque me acompañaste a hacer los recados que me había encargado mi madre. Me hablaste de cosas diferentes a las habituales. Me empezaste a parecer interesante, cuando comprobé que había algo más que dragones y videojuegos en tu cabeza. Hablamos de nuestras familias, de amistades, de los exámenes, hasta de filosofía. Fíjate si dieron de sí esos recados. Fue entonces cuando por primera vez pensé en ti como a un amigo.

Después las cosas volvieron a su curso. Aunque intenté acercarme más a

ti, me topé una vez tras otra con un muro. Eso me apenó, en parte porque no podía conocerte más y en parte porque no entendía por qué era tan difícil. Pasado un tiempo comenzaste a faltar a clase. Y pasado otro tiempo desapareciste. Nos enteramos de que te habían cambiado de instituto pero que, aun así, seguías sin salir mucho de casa. Me dolió no haberme enterado por ti. Pero me dolió más todavía darme cuenta de que no esperaba mucho más de ti. Aun así, y no te atrevas a preguntarme por qué, supe dar con tu dirección para enviarte esta carta.

No sé si es un intento de recuperarte como amigo, o de despedirme de una manera adecuada. No sé lo que espero. Pienso en ti y sólo acuden interrogantes. Pero algo dentro de mí me pedía hacer esto.

*Paula Verdes,
tu amiga”*

Pablo guardó de nuevo la carta en su sitio y volvió a su rutina de juego.

4. Entrevista de trabajo

Llevo bien mi complejo de superioridad. Lo tengo. Y lo acepto. Cada ser humano con el que me cruzo es inferior a mí, y no tiene la culpa de serlo. Así que trato de mostrarme condescendiente, explicando las cosas muchas veces y desde el principio para que todo el mundo me entienda. Eso, para mi sorpresa, me funciona con muchas mujeres, aunque otras me obsequian con alguna bofetada o algún insulto antes de perderse de mi vista para siempre.

En el trabajo, no obstante, me suele dar resultados más pobres. Sobretudo en las entrevistas de trabajo. He aprendido a disimular un poco que el entrevistador es inferior a mí para conseguir el trabajo. Después, una vez conseguido, me encargo de crear un ambiente de trabajo nocivo, en el que la gente comprende de que he llegado para mandar. Nadie me puede mandar a mí, soy superior a todos.

El caso es que la última entrevista de trabajo fue curiosa y me he decidido a relatarla por escrito. Así, cuando dentro de un tiempo quiera echarme unas risas, la leeré.

El puesto de trabajo era técnico de recursos humanos, acorde a mis estudios de relaciones laborales. Salió una mujer por una puerta y me hizo pasar. Perfecto. Una mujer era más fácil de engañar. Me dio la mano pero yo le di dos besos.

—En contextos profesionales nos solemos saludar de una manera más formal, señor Manrique.

—Bueno, es que todavía no es un contexto profesional ya que no me ha contratado. Creía que conocíamos la diferencia —me miró sombríamente y me contestó:

—Yo no le voy a entrevistar, soy la secretaria del señor de Pablos.

—Qué susto, pensaba que me iba a entrevistar una mujer.

¿Cómo no se me había ocurrido que se trataba de la secretaria? Me apartó la cara con gesto de desprecio.

—Pase a la puerta de la izquierda, *candidato* Manrique.

Pasé y me encontré con un hombrecito calvo y trajeado, peligrosamente encorvado sobre unos informes.

—El señor de Pablos, supongo —dije.

El viejo levantó la vista y me recordó a una comadreja, a la que hubiera molestado mientras escarbaba en la tierra.

—Siéntese. Es usted Carlos Manrique, ¿verdad?

—Eso pone en mi DNI.

—De acuerdo, me presento. Mi nombre es Carlos de Pablos...

—Mi tocayo. Eso es buena señal.

—...y soy el responsable del departamento de recursos humanos de Sincaset —no pareció haber oído mi comentario. Debía de estar un poco sordo—. Estoy realizando una serie de entrevistas para cubrir un puesto de técnico de recursos humanos en mi departamento y tengo que decirle que ya he visto a diversos candidatos. Seré franco con usted. El nivel está alto, señor Manrique. No lo digo para desanimarle, pero me gusta ser transparente desde el día uno.

—No me desanima. Me gusta que considere este encuentro como el día uno, implica que habrá día dos, y día tres, y muchos más.

—Bueno, era una forma de hablar, no lo tome al pie de la letra.

—Cuando me interesa sí me tomo las cosas al pie de la letra.

—Continúo. El puesto que se encuentra vacante consiste en la colabor...

—He leído el anuncio. He estudiado relaciones laborales. Sé en qué consiste un puesto de técnico en recursos humanos. Puede pasar directamente a comunicarme mi futuro salario y a hacerme las preguntas situacionales para corroborar que rendiré.

—Señor Manrique... he de decirle que muestra usted cierta prepotencia...

—Sólo quiero ir al grano. Supongo que su tiempo es al menos tan valioso como el mío. ¿Cierto?

—Cierto. Pero creo que es necesario guardar las formas y los procedimientos. Sobretudo en una entrevista de trabajo.

—Adelante, le permito que lo haga usted a su manera, Pablo.

—Señor de Pablos...

—Si guardamos tantos formalismos no terminaremos nunca.

—Es que no me llamo Pablo. Me llamo de Pablos. Carlos de Pablos.

—Venga, Carlos. Dispara.

—Mire, estoy empezando a considerar que quizás usted no es el candidato más adecuado para este puesto, y como es usted el que aprecia el ahorro de tiempo le diré...

—Hágame una pregunta. Sólo una. La que usted quiera. Si mi respuesta no le satisface, me marcharé.

Silencio de varios segundos.

—Jugaré su juego, ya que sólo me pide eso —el viejo se ajustó las gafas

—. Supongamos que está realizando usted un proceso de selección de personal. Hizo la mayoría de entrevistas a través de Skype y al final se quedó con los tres mejores candidatos, a los que hace venir en persona a Sincaset para una última prueba presencial. Ahí es cuando se da cuenta de que una de las candidatas está embarazada, y además en estado avanzado. El puesto requiere una incorporación y dedicación inmediatas. Qué duda cabe que su estado de encinta podría ser un obstáculo a este objetivo a corto plazo. Sin embargo, la mujer ha mostrado un desempeño excelente en todas las pruebas del proceso hasta el momento. ¿Qué haría en tal situación?

—¿Es eso un dilema? Se iría. Fuera del proceso de selección. Es lo que Sincaset querría, más allá de aseveraciones hipócritas que sólo sirvieran para manejar la situación de una manera políticamente correcta. Yo lo sé. Usted lo sabe. El director general de esta empresa lo sabe y haría lo mismo. Una empresa privada como ésta no es una hermanita de la caridad, y tampoco está para perder el tiempo con suavidades. Quizás podríamos dejar a la mujer participar de la última prueba para ahorrarnos denuncias innecesarias, pero desde luego no la tendríamos en cuenta para la decisión final, lo haga bien o mal. ¿Sí o no? Si no me contrata ahora mismo es porque es un melindroso que cede a las presiones de la deseabilidad social y le faltan agallas para incorporar a alguien que desborda ambición y pragmatismo. ¿Sabe por qué? Porque en pocos meses puedo ascender sin parar y comerme esta empresa. ¿A que tiene miedo a que pase por encima de usted, que tarda tres horas en tomar una decisión que a mí me tomaría un minuto?

El tal de Pablos no dijo una palabra. Tras observarme atentamente mientras yo le contestaba, se levantó con parsimonia y se dirigió hacia la puerta. Me la abrió y me indicó la salida con la mano:

—Cómase el mundo, señor Manrique. Hasta nunca.

5. Cerrar círculos

—¿Por qué le has puesto los cuernos a tu novia?

Él tardó unos segundos en contestar.

—Porque... ya no me llena.

—¿En qué sentido no te llena?

—Las cosas ya no son como eran, no me hace ni caso.

—Te puso los cuernos y no se lo has perdonado, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él con los ojos muy abiertos.

—Como sabes soy psicóloga. Y está mal que lo diga yo, pero de las buenas —contestó ella con un guiño de ojo.

—Si tú lo dices...

—En su día tuvisteis una bronca tremenda, al principio no la ibas a perdonar. Te pasaste largas noches pensando en romper, pero no podías porque la comprendías en algunos aspectos. Y la querías demasiado. Al final lo medio hablasteis y lo medio solucionasteis, firmasteis la paz. Pero los dedos que por tu parte lo hicieron temblaban de duda. Existe en ti un círculo importante que no está cerrado. Y por la brecha entran sucesos, que de otra manera no lo harían. Como el que yo represento...

—Sí eres buena... Y qué bien hablas —la miraba con asombro. Ella hizo gesto de sacudirse un polvo inexistente sobre su hombro desnudo mientras sonreía—. No voy a seguir preguntándote que me vas a deprimir.

Silencio de varios segundos. Caricias bajo las sábanas. Luz tenue de una de las lamparitas, cubierta por una prenda de ropa.

—¿Y tú? —continuó él—. ¿Por qué le has sido infiel a tu novio?

—Es complicado. Lo que tengo claro es que se merece eso y mucho más.

—Déjame adivinar —inspirado, él se irguió en la cama apoyándose en un codo—. Él te puso los cuernos a ti.

—Bingo.

—¡Toma, yo también soy un buen psicólogo!

—Tú no eres psicólogo.

—Ya lo sé, pero déjame que haga también mi discursito. Te levantabas cada mañana preguntándote por qué ya no te daba el beso de buenos días. Le hacías el café y no se lo tomaba. Cuando él ama el café. Le viste varias veces depilarse los huevecillos. Un día encontraste un sujetador que no era tuyo bajo la cama. Al día siguiente volviste más pronto del trabajo a propósito, y

lo pillaste retozando con la rubia. Entonces decidiste dejarlo, pero antes te vengarías. Así se cerraría tu círculo.

Ella se rio a gusto mientras abrazaba la almohada.

—Eres muy tonto, no has acertado ni una —tras unos segundos en que lo miraba con ojos divertidos, continuó—: No eres bueno en nada, ni en la cama, ni como psicólogo.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué te has acostado conmigo?

Tras unos segundos de reflexión, ella contestó:

—Digamos que... en la autopista de mi historia amorosa tú eres la primera estación de servicio que encontré.

6. El viaje sin retorno

—Tenemos con nosotros a Paula Verdes, escritora novel que hace poco ha publicado su primer libro: “El viaje sin retorno”. Para poner a nuestros oyentes en situación, Paula *sólo* tiene diecisiete años, y los ojos del bonito color de su apellido –introdujo el locutor—. Empezó con un *blog* en *internet* y, bueno, voy a dejar que lo explique ella, que luego me acusan de no dejar hablar a mis invitados.

—Sí, empecé escribiendo un *blog* para desahogarme después de una experiencia que tuve con un chico.

—¿Mal de amores?

—No. Más complicado que eso. Él era especial. Fue una persona por la que me preocupé y no lo merecía.

—Mal de amores, vamos.

—Que no.

—Vale, disculpa. Háblanos de cómo surgió tu idea de escribir una novela.

—Bueno, en realidad no es una novela. Es un libro de relatos. Aunque tienen temáticas comunes, son historias independientes.

—¿Y cuáles son las temáticas que más se repiten? –dijo el locutor con velocidad, tratando de disimular su falta de preparación de la entrevista.

—De algunos relatos me gustaría no decirlo, porque según los he diseñado tienen finales que intentan sorprender.

—¿No nos puedes hablar de alguno? Mira, te propongo algo, ¿qué te parece si leemos el comienzo de una de tus historias? Para que los oyentes se hagan una idea y no desvelamos nada, sólo les ponemos los dientes largos.

—No me parece bien. Si los oyentes quieren leer mis relatos, que compren el libro.

Se oyeron unas risas de fondo en el estudio.

—Eres una mujer de armas tomar –dijo el locutor con una sonrisa—. Te aconsejo que relajes un poco esas ideas si quieres promocionar tu libro.

—Sé lo que hay que hacer para promocionar mi libro. Pero, si te parece, te propongo algo mejor. Les cuento a los oyentes por qué mi libro se llama “El viaje sin retorno”.

—Mira, ésa iba a ser mi siguiente pregunta. Aunque no estaba ya seguro de si hacértela o no. Y bien, ¿por qué tu libro se llama “Un viaje sin retorno”?

—“*Un* viaje sin retorno”, no. “*El* viaje sin retorno”.

—Disculpa, “El viaje sin retorno”. Dinos, ¿por qué?

—Eso se desvela en el último relato del libro, y los oyentes tendrán que comprarlo y leerlo para saberlo.

Otras risas en el estudio. El locutor, encantado de que sus deslices fueran eclipsados por la peculiaridad de la muchacha, continuó:

—Mira, Paula, te tengo que decir una cosa. Voy a ser el primero en comprar tu libro. Tal como lo estás vendiendo, me puede la intriga.

—Te lo agradezco, aunque el primero no puedes ser. La primera fue mi madre. Me gustaría añadir una cosa. “El viaje sin retorno” aguarda a los lectores. Sobrecogerá a los niños. Impactará a los adolescentes. Conmoverá a los adultos. Es una colección de historias que remueven el alma humana hasta excitar los recovecos más insondables y olvidados.

—Vaya, es exactamente el texto de la contraportada.

—Sí, ¿a que es genial? Se lo dicté a mi editor.

7. La verdad en el espigón

—Llevo tanto tiempo esperando este momento...

La luz de la luna iluminaba su rostro bañado en ansiedad.

—Eres mi amigo desde hace tiempo. No hace falta que me lo jures.
¿Entonces vas a ir?

—¡Claro! Estoy muy contento, Bea. Que no quepo en mí.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

—Que vaya a su casa a mirarle el ordenador.

—¿Qué le pasa a su ordenador?

—Lo tiene roto. O eso dice, es una excusa para verme en privado.

—No, lo tendrá roto.

—Que no, si no ha sabido decirme qué le pasaba. Está claro que se lo está inventando.

—Porque no tendrá ni idea de informática. Pero algo le pasa a ese ordenador.

—No. Créeme.

—Lo que tú digas.

—Últimamente me habla mucho en clase, nunca habíamos hablado tanto.

—¿Y de qué habláis?

—De lo que vemos en clase, de los deberes, de todo un poco.

—¿Te pide los deberes?

—Bueno, me pide echarles un vistazo de vez en cuando.

—¿De vez en cuando?

—Todos los días. Pero no se los copia. Lo pone con sus palabras.

—Miguel, siento decirte esto. Esa chica tiene un interés por ti, cierto, pero no del tipo que tú te imaginas.

El rostro de Miguel se encendió.

—¿Qué dices, Bea? ¿Qué dices? ¿Por qué me atacas? Yo noto cuándo le gusto a una chica.

—¿Que tú notas cuándo le gustas a una chica? Me descojono, no sabes cuánto te equivocas. Tú no notarías un toro que está empezando a cornearte.

—Cállate.

—Mira, te lo digo porque me preocupas. No te interesa esa chica, créeme.

—No voy a discutir contigo. No te cuento nada más. No me apoyas.

—Si para ti apoyar significa decirte lo que quieres oír, tienes razón.

—Lo que tú digas.

Silencio. Tragos de Martini “a palo seco”. El sonido y el olor salino de las olas contra el espigón en la noche. Incluso a través de las neuronas humedecidas de Miguel se hizo paso un pensamiento con forma de sospecha. ¿Qué había querido decir Bea cuando se había burlado de él por decir que notaba cuándo le gustaba a una chica? ¿Acaso ella...? La sospecha fue la gasolina que prendió un ardor dentro de él. Bebió varios tragos más de la botella. Parecía que ella se había dado cuenta también del desliz, pues guardaba un contenido silencio. Rara vez se callaba cuando él la mandaba callar. Dentro de la conciencia de Miguel, fibras nunca antes acariciadas comenzaron a serlo. Recordó unos días de hacía mucho tiempo, cuando él la había visto de otra manera. Al principio, cuando se conocieron. Después, esas emociones fueron silenciadas.

Bea rompió finalmente el tenso silencio, con ciertas dificultades en la pronunciación:

—Mira, eres mi amigo y te voy a ser sincera. Necesitas oír unas cuantas verdades. Eres un piltrafilla, un paletito, un atontao. La manera en la que te has acercado a Nadia está mal. Lo has hecho mal desde el principio. ¿Te crees que va a quedar contigo en plan romántico algún día? Yo es que me descojono. Siempre te responde los mensajes con frases ambiguas, que tú interpretas como quieres interpretar. Está jugando contigo. Y como es un juego, lo jugará hasta que se aburra. Para entonces habrá roto varias veces tu capacidad de resistencia, y te habrás levantado otras tantas para seguir riéndole las gracias. Mientras tanto, le habrás arreglado el ordenador, le habrás ayudado a aprobar algunas asignaturas, y más favores que desconozco porque te avergüenzas de contármelos. En el fondo, fondo, sabes la verdad. ¡Despierta ya! Eres un idiota, yo he ido detrás de ti mucho tiempo y ni te has enterado. Podríamos estar juntos, ahora. Y dices que notas cuándo le gustas a una chica. ¡Tú eres un ciego emocional!

—¿Que tú...?

—Cállate. No quiero hablar contigo.

—Mmm... vale.

Miguel dejó a un lado la botella. Así que era cierto. Los viejos días tomaron forma. Sintió un torbellino de fuego recorrer su interior, de los pies a la cabeza, suscitando emoción salvaje a su paso con la ayuda del alcohol. Ignoraba cómo abordar la situación. Su mente embotada sólo le sugería tonterías.

Así pues, comenzó a desvestirse.

—¿Qué haces? —le espetó Bea.

—Voy a bañarme en pelotas.

—¿Aquí? Te vas a destrozar contra las rocas. Y el agua estará helada.

—¿Qué más da eso? Después de cómo me has insultado nada me puede doler más.

—Si tú te desnudas yo también.

—Adelante.

Y allí, bajo la luz de la luna, Miguel y Bea se desnudaron en el espigón. Miguel corrió hacia el extremo. Y Bea lo siguió. Ninguno de los dos tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Él saltó al agua y ella detrás, sin pensárselo. Espuma, dolor y frío fue lo primero que experimentaron. Minutos más tarde, en cambio, tras varios juegos de salpicar al otro y hundirle la cabeza en el agua, lo que sintieron fue calor, placer y pasión. Que entrelazaran sus cuerpos desnudos bajo el agua fue cuestión de tiempo. Se miraron a los ojos.

—¿Y desde cuándo dices que vas detrás de mí?

—No pienso contestar a eso, ya he hablado demasiado. Di tú algo.

Silencio.

—¿Qué? ¿No dices nada?

—No. Sí. No sé. Estoy nervioso. Y borracho. Estoy soñando.

Bea le dio un sonoro bofetón.

—¿Ves? No estás soñando, es real.

Ignorando la agresión, Miguel miró a los ojos a Bea, sólo iluminados por la luz de la luna. Se sintió hipnotizado por ellos. Esos ojos azules y profundos... Siempre lo habían mirado de una manera concreta. Que él, consistentemente, había malinterpretado. Allí, en esas pupilas penetrantes, por fin halló la verdad. La que había estado latiendo en un punto ciego de su conciencia, incansable, durante tantos años.

La verdad más real de su vida.

8. Redescubrir lo nuestro

Era noche cerrada y los faros del coche iluminaban la carretera.

—¿Seguro que era por aquí?

—Sí, sí.

Por el rabillo del ojo podía percibir su mirada perforadora.

—Ya verás cómo sí —concluí para tranquilizarla.

Por primera vez nos atrevíamos a hacer algo así: visitar un pueblo fantasma de noche. ¿Para qué? Para pasarlo mal, así de simple. La iniciativa encajaba bien con el decadente curso de nuestra relación. ¿Por qué no añadir una pesadilla más a la colección? Cualquier idea loca iba a ser aceptada a estas alturas.

Cuando llegamos al pueblo fantasma (cuatro paredes ruinosas en mitad de la nada), dimos un paseo precedidos de la luz de nuestras linternas.

—Sé que me has puesto los cuernos —me espetó al doblar una esquina.

—No es cierto. Pero si lo fuera, ¿cómo te habrías enterado? —a mitad de la frase percibí mi estupidez, pero la pronuncié entera—. En esta casa de aquí dicen que se escuchan psicofonías.

—¿Lo ves? Me das la razón —contestó mientras sacaba el móvil y comenzaba a grabar—. ¿Dónde, exactamente?

—¿Dónde te he puesto los cuernos o dónde se escuchan psicofonías?

—Lo segundo, lo primero ya lo sé.

—Ah, pues en ese rincón de las dos paredes. Hace frío, resguardémonos ahí. Y si vamos a hablar de lo nuestro, igual se oyen más psicofonías todavía. Las almas en pena y las que no están en pena te dirán que te soy fiel.

Ella no prestó atención, extraía de su mochila su cena mientras buscaba con la mirada algún trozo de pared caído para sentarse. Le dije:

—Oye, cariño, ¿si tenemos hijos se te quitarán de la cabeza todas esas ideas infundadas?

—¿Eres tonto?

—La gente tiene hijos para arreglar sus problemas de pareja. ¿No lo sabías?

—Contigo no quiero ni apadrinar un niño.

—Vale, pues lo descartamos. Calla, escucha. Oigo cosas raras.

Silencio. El viento silba.

—Oía cosas raras. Ahora parece que seamos los únicos habitantes del

mundo –mis comentarios eran cada vez más estúpidos.

—¿Cómo me enamoré de ti? No lo recuerdo.

—Te emborraché.

—Claro –pareció que trataba de recordar, debido a su largo silencio—. Mi mente ha debido de borrar los peores episodios de mi vida. Voy a parar de grabar que lleva rato. Alguna psicofonía habremos captado —añadió.

—A ver, ponla.

Cuál fue nuestra sorpresa al comprobar que, aparte de nuestra conversación lamentable y de la brisa maligna, se podía escuchar un susurro que decía con claridad, justo después del “te emborraché” mío y antes del “claro” suyo: “*¡Te violóóóóó!*”. Que salimos corriendo del pueblo fantasma dejando la cena a mitad fue un hecho, así como que casi tuvimos un accidente por poner el coche a ciento sesenta. El susto me duró varios meses, he de reconocerlo, hasta que poco a poco fui agradeciendo ese “deus ex machina” siniestro que zanjó de manera tan notable lo que no tenía porvenir. La ruptura fue inmediata: aquella misma noche, entre acelerones y frenazos del coche. Pero oye, pocos en esta vida podrán decir: “Mi novia me dejó porque un espíritu le chivó que la violé”.

9. Luz azul

La hija le estaba contando algo a la madre en el metro. La primera sentada, la segunda de pie. La primera apasionada, la segunda como si la cosa no fuera con ella. De hecho, ésta no dijo una sola palabra y le costaba mirar a su hija mientras escuchaba (si escuchaba). Su expresión mostraba deseo por que su hija acabara; no pronunció una sola sílaba.

Esa noche, la hija (de nombre Aurora) fue abducida por los extraterrestres mientras paseaba a su perro Chuski. No fue una abducción al uso. Unos tentáculos calientes rodearon su cuerpo hasta cubrir el último rincón. Quedó inmovilizada. Sólo parpadeando pudo manifestar su desacuerdo con el inusual secuestro. Chuski ladraba con vehemencia.

Segundos después, Aurora creyó perder la conciencia varias veces seguidas. Y no necesariamente habiendo despertado de cada una. Como si atravesara el cemento hacia abajo, a través de varios pisos de un aparcamiento subterráneo. Sí, pensó Aurora, es una analogía adecuada.

Todo era abierto, plano, plata, frío. Estaba desnuda, ¡horror! Se tapó las vergüenzas como pudo mientras miraba alrededor. No había nadie. Ni nada. Una explanada infinita se extendía en todas direcciones. La inmensidad la abrumó. La hizo sentir lo que era: pequeña. Lejos, parecía haber la misma explanada de metal, pero en posición vertical. Y así en todas direcciones. Se encontraba en una gigantesca caja de hierro. No del todo, arriba lucía el sol. Ignoraba si se trataría del mismo sol que ella conocía. Pronto decidió que no. Éste era azul. Además, los rayos del sol que ella conocía calentaban; éstos enfriaban.

Todo su ser se replegó mientras orientaba la mirada hacia su interior. Estaba hueca. No había amor. No había vestigios de cariño, afecto, ni otras emociones que se les parecieran. Nadie se había ocupado de ella. Nunca. Había crecido como una cáscara. El sol azul descendió y la llenó.

El caso ocupó mucho tiempo su lugar en las páginas de sucesos. Cómo murió la madre se convirtió en un quebradero de cabeza para la investigación policial, originando todo tipo de teorías conspiranoicas y paranormales en determinados círculos de opinión. Nunca se supo. La única pista que los forenses encontraron fue que el cadáver estaba varios grados más frío de lo

que debería estar; incluso algunos órganos internos se hallaban próximos a la congelación... en pleno mes de junio. La mujer estaba sentada en el sofá, con la televisión encendida. No había indicios de enfermedad, muerte súbita, accidente o violencia.

La única persona que vivía con ella, y que había estado presente en el momento del deceso, era la hija. Por tanto, la única sospechosa. Pero no hubo manera de conectarla con el crimen. Ni siquiera se encontraron huellas dactilares de la hija en el cuerpo o ropa de la madre.

Aurora se aficionó a las novelas de ciencia ficción. Por las noches, para que sus tíos no le conminaran a apagar la luz y dormir, abría la palma de su mano y engendraba esa pequeña y gélida bola de luz azul. Leería con su incansable amiga hasta bien entrada la madrugada.

10. Comunicando

El largo viaje de vacaciones toca a su fin. Durante mes y medio hemos vivido en la ciudad inglesa de Bournemouth. Diana y yo hemos alquilado una habitación en Nortoft Road. Hemos conocido gente alocada. Mucha. Extranjeros y británicos. Nunca había conocido a tanta gente en tan poco tiempo. Mi novia ha estado abierta a conocer gente también, por suerte no se ha cerrado. Pero al convivir con ella me he dado cuenta de algo que me molesta: su teléfono móvil. Parece ser el protagonista absoluto, que tiene preferencia sobre todas las cosas. Antes de venir aquí, contrató una tarifa especial para poder comunicarse a bajo coste con España. Estamos hablando y suena su móvil, lo coge. Estamos comiendo y siente el impulso de llamar a una amiga, lo hace. ¿Su hora preferida para hablar? Durante mi siesta. A gritos, que su interlocutor está lejos, en el continente. Sin contar con la mensajería instantánea, con la que ocurren tres cuartas partes de lo mismo. Alguien tendría suficiente material para escribir su biografía si accediera a su historial de mensajes. Siento que estoy en segundo lugar, tras su móvil. En casi un año de relación no me había percatado del alcance del problema. En el fondo, lo que me molesta es la banalidad de sus conversaciones. Tras ser testigo de muchas, mi conclusión es que los temas más importantes que aborda son la ropa, el tiempo y el cotilleo.

Hoy es nuestra última fiesta. Mañana por la tarde tenemos el vuelo. Hemos convocado a la mayor cantidad de gente posible para despedirnos, e iremos a la discoteca Cameo. De camino se nos va uniendo gente. Daryna, la ucraniana, me mira mientras caminamos pese a que está hablando con otras personas, unos pasos más adelante. Es una chica que me llama la atención. Rubia, de ojos azules, una belleza del este. A ratos me arrepiento de haber hecho este viaje con Diana. No es la primera vez que Daryna me ha mirado de esa forma durante mi estancia. Diana está hablando por el móvil. Ni me he dado cuenta de cuándo ha comenzado, estoy demasiado habituado a verla con el maldito aparato pegado a la oreja. Creo que, con el tiempo, entrarán en simbiosis y se quedarán pegados definitivamente. Capto retazos de su conversación pese al estruendo de la multitud que se agolpa a la puerta de la discoteca. “No, tía, ésa no me gustaba...”, “...es que ese día era más barato...”, “...en dos días nos vemos, chiqui...”. Entiendo que está manteniendo conversaciones trascendentales, como siempre. Le suelto la

mano. Es mi primera y pequeña venganza de la noche. Me mira fugazmente. Los ojos de Daryna, en cambio, me transmiten otra cosa...

Dentro de la discoteca la vida adquiere otro tinte. La desinhibición corre por mis venas, al igual que los chupitos de tequila. Hago el payaso con mis amigos, bailamos de manera graciosa para pavonearnos. Cuando la busco, no me cuesta encontrar la luz azul de los pequeños ojos de Daryna en la oscuridad. Clavados en mí. En cambio me cuesta dar con mi novia. Está sentada en un sofá y ha dejado de hablar por el móvil, pero está escribiendo. Parece que la conversación ha cambiado de formato y continúa, con la misma o con otra persona. Dos amigas inglesas se sientan con ella, cervezas en las manos.

Me voy a otra sala, que pone música electrónica, con algunos de mi grupo. A estas alturas he tomado la decisión de dejar de preocuparme por lo que haga Diana. Inadvertidamente aparece Daryna a mi lado, bailando. No dudo. La cojo por la cintura y comienzo a bailar con ella.

—¡Por fin bailamos juntos! —me grita. Toda conversación allí requería forzar la garganta.

—¡Y lo que nos queda!

—¡Me alegra oír eso!

Qué chica más elegante, ni siquiera menciona a la que sabe que es mi novia y que sabe que está en esta misma discoteca. O le trae sin cuidado. Había hablado poco con Daryna antes. La conexión ha sido sobretodo visual. No sé si es buena persona, si tiene las mismas aficiones que yo, si es una terrorista o una voluntaria de Cruz Roja Internacional. Ni siquiera estoy seguro de cómo suena su voz. Los gritos en la discoteca no dan una buena idea. Quizás es mejor no saber nada de esto. De Diana he conocido más de la cuenta, y ése ha sido el problema. Todo está bien así, entonces: Daryna y yo bailando en un rincón oscuro y comiéndonos con la mirada. Una ligera punzada me hace experimentar cierta mala conciencia. Miro a los ojos de Daryna de nuevo y me zambullo en ese azul puro, hipnótico. La pasión me estremece, me acerco más a ella. Acerca sus labios a los míos...

Al día siguiente, durante el vuelo, Diana sufre. La compañía aérea no permite el uso de teléfonos móviles. Debido a eso, no tiene más remedio que prestarme atención.

—Cari, ¿qué te pareció la fiesta de anoche?

—Una noche loca.

—¿Dónde te metiste tanto rato? Me costó encontrarte.

—Te lo explico en tu idioma. Intenté llamarte, pero no comunicaba. Ni siquiera podía dejarte un mensaje de voz. Así que busqué líneas abiertas.

—¿Qué quieres decir? ¿Que te fuiste con otra? —replicó con una sonrisa incrédula.

—No, tranquila. Me refiero a los amigos.

—Ay, eso me recuerda que tengo que llamar a Eva.

—Claro, que no se te olvide.

11. Lo peor del ser humano

El problema es que había leído demasiado sobre el tema. Había visto demasiados vídeos. Me había empapado de seducción científica hasta tal punto que me sentía capaz de ligar en cualquier situación.

Y se me fue.

La adrenalina imbuyó mis venas cuando la vi en el coche de al lado, parada en un semáforo. Rubia, joven, guapa, mi tipo. Bajé la ventanilla para hablar pero se puso el semáforo en verde y arrancó.

La seguí. Tenía que pensar algo. Trataría de volver a parar junto a ella en algún semáforo. Esa chica corría mucho. Me gustaba esa actitud. Pero dificultaba mis planes. “Le daré un golpe por detrás para obligarla a parar”, pensé. Tras reírme interiormente de esa estúpida idea, se me ocurrió que no era tan estúpida. Cosas así pasaban todos los días en una ciudad como la mía. Tendría conversación asegurada. Y nos intercambiaríamos los datos de contacto. Lo único que tenía que hacer era ser cuidadoso y no darle demasiado fuerte. Y tampoco demasiado flojo como para que quedara en una mirada suya a su parachoques trasero y un “no ha sido nada, ves con más cuidado en adelante”.

Me decidí. Al ver que el próximo semáforo había cambiado a amarillo, me coloqué detrás de ella y aceleré. Cuando ella frenó, empotré mi Audi contra su Fiesta.

¡Perfecto!

Me castañeteaban los dientes, pero aparte de eso me encontraba bien. Le hice luces y gestos para que se echara a un lado. Cuando lo hizo, salí del coche y me dirigí a ella, sin comprobar los desperfectos. Abrí su puerta. Estaba mareada. Se tambaleaba. Tenía la mirada perdida.

—¿Eres idiota... o qué? —me dijo. No llevaba el cinturón.

—¿No llevabas el cinturón?

—No... me he dado con la cabeza en el volante. Y me duele la rodilla...

Parecía estar cerca de perder el conocimiento. Aun así, me había llamado idiota. Menuda mujer...

—Qué fiera estás hecha —le dije—. ¿Eres así de salvaje también en la cama?

—Más te vale tener seguro. Y no haber bebido —contestó. Parecía que le costaba pronunciar las palabras.

Le eché el aliento y puso cara de asco.

—No he bebido. Y lo del seguro tenlo por seguro —chasquéé los dedos para acompañar el chiste, pero ella no se rio. Comencé a notar que no estaba receptiva.

—Veo borroso... me mareo.

Allí, con la cabeza apoyada en el volante, perdió el conocimiento y le entraron convulsiones. En ese momento supe que algo andaba terriblemente mal.

Tres días más tarde se celebró el funeral. La familia no me permitió asistir.

12. El más extraño encuentro

Siempre he odiado el verano. Dicen que es para descansar. Discrepo. En verano hago más horas que un esclavo. Soy encargado en un restaurante ubicado en una zona turística.

Es habitual que acabe mi turno bañado en sudor y que mi único deseo mientras conduzco sea lanzarme a la ducha al llegar a casa. Hogar, dulce hogar. Siempre ha sido mi consuelo de los males del mundo, mi refugio. Hasta aquel día en que me sucedió lo más increíble. Aún a veces sospecho que el calor me hizo alucinar.

Ese día, al entrar en casa y pasar por delante de la cocina noté algo raro. Había sobre la encimera un bocadillo. Me acerqué para examinarlo. Era un bocadillo que me había sobrado unos días antes, y que había guardado en la nevera. Tenía un mordisco que no era mío. ¿Quién lo había sacado de la nevera y lo había mordido, si vivo solo y nadie más tiene mi llave, ni siquiera mis padres? Me percaté de que también había una de mis latas de cerveza abierta sobre la encimera. La cogí; pesaba, sólo habían tomado un sorbo.

Me puse en guardia. Era probable que hubiera alguien en la casa. ¿Me habían entrado a robar? ¿Qué clase de ladrón se entretiene comiendo? Sólo uno que estuviera a punto de desmayarse. Quizás le dio un vaído al entrar en la casa y no tuvo más remedio que hacerlo. ¿Pero la cerveza era necesaria?

Agarré un cuchillo jamonero y salí sigilosamente de la cocina con el fin de inspeccionar hasta el último rincón de mi casa. Sólo entonces caí en la cuenta de que al entrar no me había parecido que la cerradura estuviera forzada. Quizás habían entrado por la puerta trasera.

Al pasar junto al baño me vino sensación de humedad. Eso significa que alguien se acababa de dar una ducha, conocía la sensación. Entré y corroboré mi impresión. Había ropa tirada por el suelo. De mujer: ropa interior, un *top*, un vaquero corto y unos zapatos abiertos. ¿Pero qué demonios? Si todavía estaba en casa la ladrona (o lo que fuera), estaba desnuda. O se había puesto ropa mía. Me dirigí a mi habitación.

No pude creer lo que vieron mis ojos. Allí, boca abajo sobre mi cama, había una mujer desnuda; y profundamente dormida a juzgar por su respiración pausada. No tenía el placer de conocerla. Me restregué los ojos con los nudillos, dando crédito a la posibilidad de la alucinación. Pero no, allí estaba la mujer. Era joven y (al menos de espaldas) atractiva. De unos treinta

años y rubia. ¿Qué debía hacer? ¿Despertarla o llamar a la policía? Opté por lo primero. No me sentía amenazado por una mujer desnuda... a menos que no estuviera sola. Ante aquella idea, me apresuré a examinar el resto de la casa para asegurarme de que no había nadie más. En efecto, estábamos los dos solos. Volví a la habitación. Me fijé en su postura, curiosamente abierta y relajada, como si se sintiera en casa. Demasiado abierta... Algunos instintos fuera de lugar reclamaron mi conciencia. Una especie de sentido del karma trabajaba por justificarlos. No, no iba a aprovecharme de la situación. No sabía qué era de su vida ni qué problemas podía arrastrar. Incluso mentales. Tampoco me constaba que hubiera causado daños, a excepción de morder un bocadillo y abrir una lata de cerveza.

La zarandé con suavidad en el hombro. Me di cuenta de que tenía la frescura de quien acaba de ducharse.

—Hola —le dije.

Profirió un ruido sordo, típico de la persona que desea seguir durmiendo sin que le molesten. La volví a menear.

—¡Oye, despierta!

Ella reaccionó y me miró con ojos entrecerrados mientras se levantaba y salía de la cama. Con agilidad caminó hacia el pasillo y la seguí. Se dirigió al cuarto de baño, donde se vistió con tranquilidad, como si no hubiera en la situación nada fuera de lo normal. No daba crédito.

—¿Qué haces en mi casa?

Continué ignorándome. Se dirigió hacia la entrada principal y en el mueble del recibidor cogió un paquete de tabaco mío y se lo metió en el bolsillo. Acto seguido abrió la puerta y salió. Corrí tras ella pero iba a gran velocidad. No podía creer que se me estuviera escapando. La abordé en la calle y la retuve por el brazo.

—Tú, ¿adónde te crees que vas?

Entonces se puso hecha una histérica. Comenzó a moverse y a gritar:

—¡Suéltame! ¡No me toques! ¡Ayuda, por favor! —esto último lo dijo volviéndose hacia los transeúntes.

Éstos me miraron mal. La ladrona estaba creando una situación a su favor. Si venía la policía se pondría de su parte, ya que los testigos creerían haber visto a un hombre maltratando a una mujer. Y yo no tenía pruebas del allanamiento de morada... ¿Cómo demonios había entrado en mi casa? Miré hacia la fachada y vi la ventana abierta. Ahí tenía la respuesta. Por otro lado, podía acusar a esa mujer de robarme un paquete de tabaco... lo cual como

botín daba pena. Y si contaba a la policía todo lo que había visto no me creerían.

No me lo creía ni yo.

Con la cara más estúpida que se me ha quedado jamás, vi a la muchacha alejarse tranquilamente por la calle, mientras encendía uno de mis cigarrillos.

13. Los pasillos del odio

Dicen que el amor es el motor de nuestras vidas. Discrepo. Hay uno mayor: el odio. A causa de él podemos llegar a hacer cosas de más envergadura y repercusión que por amor. De hecho, el odio es una versión magnificada del aquél, sólo que en su polo negativo. Y se sabe que los polos siempre están conectados. Tanto, que se parecen terriblemente. El amor y el odio nublan el entendimiento, y prescinden de la autorización de la persona objeto para hacerse sentir. Toman las riendas de nuestras acciones y nos suelen conducir a desenlaces desastrosos.

El odio tomó las riendas de mi vida y me marcó un plan de acción.

En fin, no fue difícil planearlo. Sí lo fue ejecutarlo. Y salió mal, como no podía ser de otra manera. Ya lo he dicho, el odio nubla el juicio.

Él me había caído bien una vez. Recalquemos el “había”. Y el “una vez”. Pareció una persona bastante afable durante mi primer día de trabajo, pero a partir del segundo se desató la bestia. No recuerdo que nadie me lo haya hecho pasar de manera tan miserable en el trabajo. Se creía “mi jefe”, cuando en realidad no era más que un alma despreciable que se nutría del sufrimiento de los demás. Aún me pregunto por qué fue simpático el primer día. Lo único que se me ocurre es que al mismo tiempo que yo empezó una chica de bastante buen ver, la cual ya no volvió el segundo día (no quiero imaginar por qué). Desaparecido el estímulo que hacía babear a la hiena, ésta se mostró en su verdadera forma. Iván era su nombre, y desde entonces no quiero conocer a ningún Iván; hasta tal punto llegó la irracional reacción por mi parte.

Se trataba de un hotel de lujo cerca del centro de la ciudad. Yo no veía con buenos ojos hacer la pelota a ricos prepotentes y prejuiciosos, pero mi nuevo trabajo lo requería en cierta medida y estaba dispuesto a ceder, de momento. Necesitaba el dinero.

Me proporcionaron un atuendo inapropiado para la época del año. Era julio y llevaba hasta chaqueta y corbata. El hotel se instauró sobre un antiguo edificio que había cumplido diversas funciones a lo largo de su existencia; ancho y plano, desde luego carente de la planta adecuada para la función hotelera. Al ocuparme de los servicios de habitaciones, tardaba más de lo deseable en llegar y los clientes se impacientaban. La cosa se complicaba si tenía varias comandas muy juntas. Me era imposible servir todas a tiempo. Mención aparte merece el hecho de que acababa sudado y cansado tras tanto

viaje por un hotel tan horizontal, con sus pasillos infinitos. Los hoteles deben ser estructuras verticales, de toda la vida de Dios.

Lejos de ayudarme con mis estresantes pedidos, Iván se colocaba tras de mí, frenándome con sus constantes agujoneos. Las malas palabras cruzadas constituían la norma, y yo incubaba un estrés latente. En una ocasión mantuvimos una peculiar conversación concerniente a la elaboración de capuchinos:

—Disculpa, Iván, me han pedido dos capuchinos para la habitación 231.

—¿Y bien? Hazlos.

—Ya... resulta que no me han enseñado. Debería ir a cafetería a que me los hicieran.

—Cafetería está cerrada, y no están para esto. Tienes que saber hacer los capuchinos, Guillermo, ¿o para qué estás aquí?

—Me han contratado para portero y mozo de equipajes, todo lo que es comida y servicio de habitaciones creo que no me corresponde.

El rostro de Iván adquirió una agorera tonalidad carmesí.

—¿Perdón? —ladró.

—Mira, por favor, ¿me puedes ayudar a hacer los capuchinos? Ya llego tarde.

Iván se bloqueó. Después salió dando un portazo y oí cómo gritaba a un camarero para que entrara a ayudarme. El rostro de aturdimiento con que éste entró hizo que se ganara mi inmediata confianza. Su expresión denotaba un odio profundo hacia Iván. Eso era motivo más que suficiente para mí.

—Hola, me llamo Óscar. Me ha dicho Iván que necesitas ayuda.

—Sí, compañero. Por favor. Ese tío es gilipollas.

—¿Piensas eso? —se rio—. Si es así, aquí tienes un amigo.

Le abracé. Fue el abrazo más precoz que he dado a alguien.

—Hazme dos capuchinos, compañero.

Por suerte pude tejer una red de amistades como Óscar en el hotel; conforme pasaron los días me percaté de que Iván había sido capaz de abrir diferentes frentes de enemigos dentro del hotel, en cada uno de sus departamentos. En determinados círculos reducidos le llamaban Iván el Terrible, apelativo que no dudé en usar en adelante.

La verdadera humillación se produjo a la semana de entrar a trabajar allí. Por la mañana Iván me había mandado sacar unos cheslones a la terraza interior, bajo un hiriente sol y treinta y ocho grados de temperatura. Pese a mis peticiones, no me permitió quitarme la chaqueta para realizar la tarea ni

mandó a alguien para ayudarme. Los cheslones eran endiabladamente pesados, y a los dos minutos el sudor recorría mi cuerpo. Cuando acabé la tarea, me encontraba mareado y empapado. Aún hoy pienso que estuve a punto de sucumbir a un golpe de calor. Iván salió a mi encuentro y la mueca que se formó en su semblante me reveló los sibilinos recovecos de su alma putrefacta.

—Guillermo, así no puedes trabajar. Tienes un aspecto asqueroso.

—Me has hecho salir con chaqueta al sol, ¿cómo quieres que esté?

—Estás todo mojado. Ves y date una ducha a los vestuarios.

—¿Qué? —no me lo podía creer.

—Baja y date una ducha rápida. ¿Tienes ropa de repuesto, no?

Me había duchado esa mañana en mi casa y ese impresentable se había atrevido a llamarme guarro; cuando lo verdaderamente sucio lo albergaba él en su interior. Mientras me duchaba el odio que se estaba incubando en mi interior eclosionó y me animó a reflexionar sobre la venganza y la muerte.

Dos días después, supe que se mascaba la tragedia. Tenía tres pedidos para tres habitaciones a la misma hora exacta. Y estaba yo solo. Sí, el recepcionista que tomó las comandas tuvo la delicadeza de no pensar en mí. Supongo que asumió que soy un superhéroe capaz de desdoblarme por tres. Me halaga que piense que dispongo de tan remarcables habilidades, pero lo único que hizo fue facilitar el desastre. Iván el Terrible andaba cerca.

Para curarme en salud, llevé un desayuno antes de la hora. Por supuesto, los clientes mostraron su insatisfacción. De hecho, mostraron más que eso, pues eran dos mujeres y cuando entré en la habitación estaban cambiándose. Dejé el desayuno intentando no mirar, aguanté el chaparrón de sus quejas y salí a la velocidad del relámpago. Tenía el tiempo justo para preparar los otros dos desayunos. Esperaba que en la cafetería estuviera Óscar para ayudarme. Al pasar por recepción, el rostro de Iván el Terrible adoptaba tonalidades crepusculares mientras atendía el teléfono. Era palmario para mí con quién se comunicaba: las clientas a las que yo acababa de servir y ver en paños menores. Traté de pasar de rositas en dirección a la cafetería, pero Iván colgó el teléfono y un terrible trueno resonó por el vestíbulo:

—¡Guillermo!

Quedé petrificado como si hubiera intercambiado miradas con la Medusa. La ansiedad conformó una entidad propia dentro de mí para después emerger y vestirme como un abrigo. Me defendí:

—Disculpa, Iván, tengo dos servicios de habitaciones y llego tarde.

Puse pies en polvorosa. Óscar apareció en la puerta de la cafetería con uno de los pedidos preparados. Lo vi como mi absoluto salvador en ese momento.

—Gracias, amigo.

Agarré el carrito y me lancé a la carrera por los pasillos. Sospechaba, no, *sabía*, que Iván el Terrible me pisaba los talones. Pero yo era más rápido que él incluso teniendo que empujar el carrito. El estrés atenazaba mis piernas y experimenté palpitaciones en el pecho. Tenía mucha sed; y calor. Llegué a la habitación del cliente y le dejé el desayuno. Ya llegaba tarde para el siguiente. Al salir de la habitación me topé con la repugnante cara de mi superior.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—Tengo prisa, me falta un pedido y ya llego tarde.

—Tienes que entregar los pedidos a la hora, el anterior lo has entregado antes de tiempo y has pillado a las clientas desnudas.

—Es que si no no me da tiempo a hacer los tres pedidos.

—Si no puedes, tienes que pedir ayuda.

—Cuando te pido ayuda no me la das, así que me las tengo que arreglar yo solo.

—Guillermo, con esa actitud no vas a durar mucho en este hotel.

—Ni pretendo.

Me escapé, no podía seguir manteniendo esa conversación sin recurrir a los argumentos de mis puños. Cumplí con el tercer servicio tarde, y aguanté la reprimenda del cliente. Se trataba de un señor mayor, con un rostro que en otras condiciones se me habría antojado afable. Mientras verbalizaba la incompetencia de los empleados del hotel, yo lo observaba plantado en medio de la habitación, experimentando un mundo de negatividad generarse en mi interior. Mi rostro hierático no le hizo percibir al cliente nada de ello, pero lo cierto es que deseaba con todas mis fuerzas lanzarme en sus brazos y llorar como un niño.

Óscar, Marcelo, Paulo y yo nos encontrábamos agazapados tras la puerta de la habitación 114. Paulo había llamado a recepción desde la habitación, pidiendo a Iván que viniera para que arreglara una caja fuerte que creía que se había bloqueado. Tras rezongar sobre la estupidez de los técnicos y otros empleados varios, accedió a acudir a la habitación a ver si podía hacer algo. El tiempo que tardó en venir se me antojó eterno. Me estrujaba las manos de nerviosismo. Pero la expectativa de que la justicia divina se encontraba cerca

me reconfortaba como un baño caliente en una gélida noche de invierno. Irónica la comparación que se me ocurrió.

Llamaron a la puerta. Cuando abrimos había dos personas: Iván el Terrible y Castro, el de mantenimiento. Por eso había tardado tanto en llegar, había ido a buscarlo.

—¿Qué hace tanta gente aquí? —dijo Iván mientras se parapetaba en el corpulento latino de casi dos metros que era Castro.

Paulo alargó el brazo para intentar agarrar a Iván mientras profería un “¡ven aquí, cabrón!”, pero el hecho de que Castro estuviera en medio lo impidió. Iván salió corriendo. Castro acabó marchándose también, congruente con la impasibilidad que le caracterizaba.

—¡Os vais a enterar! —gritó Iván mientras se alejaba por el pasillo.

Además de perder el empleo, Óscar, Marcelo, Paulo y yo nos encontramos encausados por un intento de agresión. Castro actúa de testigo. No sé si me ha valido la pena. Todas las células de mi cuerpo claman venganza. Pero eso la justicia no lo entiende. Se debería teorizar sobre el odio. Es un sentimiento complejo, con muchos matices que lo aproximan al amor, como he expuesto al inicio, y nadie es enjuiciado por amor. Pero todo es incierto; lo único que sé seguro es que hubo una persona que me lo hizo pasar mal. Creo sinceramente haber estado cerca de un serio golpe de calor, además del estrés severo y las humillaciones. Jamás olvidaré cómo me temblaban las piernas mientras recorría aquellos pasillos interminables, y de cómo me acosaba el temor de encontrarme con Iván tras cada esquina. Todo eso se debería redimir de algún modo. Si existe un dios no puede permitir que esto quede así.

Quién sabe. Quizás algún día dé con la manera...

14. La prueba de fuego

—Termínate el helado de una vez, por Dios.

—Déjame que me lo acabe en paz.

—Llevamos aquí media hora, sólo íbamos a estirar las piernas.

—Me estás fastidiando el gran final: el trozo de chocolate.

Javier no paraba de mirar el reloj de pared que había sobre la máquina de café. Era el viaje desaprovechado, las vacaciones perdidas. A estas alturas habría preferido quedarse en casa, con el aire acondicionado, los pies en alto y un buen libro en las manos. Y aún tenían planificado llegar hasta Toledo.

—¿Y si nos volviéramos a casa? Me da igual si nos penalizan por cancelar la reserva.

Todo había ido mal desde el principio. El coche decidió estropearse a la altura de Cuenca, y lo que les costó encontrar un taller en agosto... Debido al retraso perdieron la reserva del hotel en Madrid. El recepcionista, muy amable, les consiguió una habitación tres veces más cara en un hotel cercano. Por otra parte, tenían pensado visitar la ciudad recorriendo su centro: las grandes avenidas, las zonas comerciales, el Parque del Retiro, pero... llovió. A cántaros. En la tercera noche, Javier enfermó. Nada, un simple catarro, pero molesto. Ahora se encontraba mejor, pero de camino a Toledo... no hallaba razones para continuar.

—¡No! —contestó Ana con la boca llena de helado—. Aún te tengo que dar la sorpresa.

Cierto, Ana se había puesto misteriosa antes del viaje, decía que le iba a dar una sorpresa.

La sorpresa compensó las penurias. Acababa de hacerse de noche. En el parque junto al Alcázar de Toledo, se comieron los bocadillos que Ana había preparado en el hotel mientras Javier se duchaba. El sabor no destacaba, hicieron un cierto esfuerzo por terminárselos. Durante un rato siguieron sintiendo la atmósfera negativa que los había acompañado durante el viaje. Sin embargo, Ana comenzó a reírse.

—¿De qué te ríes? —preguntó Javier.

—Mira ese perro... —apenas pudo pronunciar ella, entre carcajadas.

Un señor paseaba a su perro. Javier los miró. Era un perro normal, paseado por un señor normal. Comenzó a reír. Era gracioso, después de todo. En un

crescendo ridículo, la pareja cayó en una vorágine de risas. El señor aceleró el paso. Les hizo muchísima gracia y se reavivaron las carcajadas. Rieron durante casi media hora, hasta que Ana se sosegó un poco y abrió una bolsa de papas. A los dos segundos mostró sorpresa y dijo:

—Cariño, cómete una papa.

—No me apetece.

—Cómete una papa, coño —insistió ella estampándole la papa contra su boca.

—Vale, vale.

Ana aguardó unos segundos y dijo:

—¿No sientes como si tu boca no fuera tuya?

Más risas.

—¿Qué dices? —masticó durante unos segundos—. Ah sí, es verdad. Mi boca está dentro de mi cabeza pero no es mía, y es muy crujiente. No la papa, sino mi boca. La que no es mía.

Más risas.

—¿No te estarás riendo de mí? —espetó de repente ella.

—¿Cómo? Me río de mi boca.

Ana lo miraba con suspicacia.

Una pareja de policías caminaba por la calle de abajo.

—¡Rápido! ¡Vámonos! —exclamó Javier—. Nos tienen vigilados. Yo por la izquierda del Alcázar y tú por la derecha.

—¿Qué? ¡No! Yo no me separo de ti. A saber lo que quieren esos.

Como si de espías profesionales se tratara, la pareja avanzó con sigilo, pegándose a la pared del monumental castillo. Cuando llegaron a la esquina, Ana dijo:

—¿Qué estamos haciendo?

—No sé, pero yo no me fiaba de esos policías. Creo que nos vigilaban.

—Eso es efecto de las setas.

—Las paranoias. Puede ser.

Se sentaron en ese oscuro rincón, sin ánimos de volver al parque. Se quedaron mirando el uno al otro con seriedad. Ana dijo:

—Sé que a lo mejor es por efecto de las setas, pero ahora creo que no me quieres de verdad. Sólo estás conmigo por el sexo. Y quizás también por mi colección de películas en Blu—ray.

—No es cierto. Yo te quiero. Sólo que en este viaje nada ha salido bien, eso es todo.

Quedaron pensativos de nuevo.

—Tú me has puesto los cuernos dos veces, ¿a que sí? —dijo Javier—. Con el amigo de mi primo y con Carlos el de la universidad.

—No.

Silencio.

—¿No tienes nada más que añadir? Quien calla otorga.

—Con el primero nada, con Carlos fue sólo un pico entre borrachos, jugando a la botella. Nadie diría que eso son cuernos.

—Joder.

Javier se levantó y se puso a caminar.

Tras un segundo Ana reaccionó y lo siguió.

—¡Oye! ¿Adónde vas?

—A buscarme alguien que me quiera.

—¿Qué dices? ¡Yo te quiero! Un momento... ¿tienes una amante en Toledo? ¿Por eso querías venir?

—Sí, ahí arriba en el castillo me espera mi amante.

Tras limar sus asperezas amorosas y superar la fase de la sospecha, experimentaron un extendido decaimiento de cinco horas. Las primeras dos aún estaban en el parque junto al Alcázar, las tres siguientes en la habitación del hotel. No pudieron dormir, tan sólo reflexionar sobre las atribulaciones de la vida. Se dieron un baño juntos, mirando el techo con ojos idos. Se sentaron en dos sillas del balcón, contemplando la fachada contigua.

—Bueno, ha estado bien la sorpresa. Ha valido la pena el viaje. Gracias, cariño —dijo él.

Ella sonrió y contestó:

—Ahora podemos afirmar que nuestra relación está consolidada. Si hemos comido setas, con su fase de paranoia incluida, y aún estamos juntos, es que lo nuestro va en serio. Hemos superado la prueba de fuego.

15. Paz interior

El aire puro penetra en mis pulmones. La temperatura ambiente es agradable. Mis manos están en contacto con la hierba húmeda. Algún que otro insecto se aventura por mis ropajes. Los rayos del sol impactan sobre mis párpados cerrados. El astro rey calienta mi alma y me reconforta. El sonido del tráfico de la ciudad es lejano, supeditado al de la brisa en los árboles. El sopor me invade. Mi estómago se encuentra en plena digestión de la comida. Me muevo para acomodarme mejor. Relajo los músculos. Trato de centrarme en algunos de ellos: el cuello, las piernas, los pies, el pecho... Es increíble en qué grado somos capaces de percibir nuestra vida interior fisiológica si le prestamos la suficiente atención. Una nube algodonosa cruza rauda el cielo, proyectando penumbra sobre mí. Espero que pase. Pasa veloz. Es cierto que ha arreciado el viento. Hace un poco más de fresco. El vello de los brazos se me eriza. Veo pasar a un anciano delante de mí. Más allá, una chica trata de controlar a un perro agitado. Vuelvo a recostarme y a cerrar los ojos. Me centro en mi interior más profundo. Me viene a la mente una imagen que he visto alguna vez, de cruces extremadamente complejos de tráfico a varios niveles y con elevado volumen en cada carril. El más completo caos automovilístico. Desecho la imagen, me estresa. ¿Por qué acude a mí? Me centro en el exterior. Hay más paz ahí, fuera. Como si de una imagen bucólica se tratara, una bandada de pájaros cantores me sobrevuela en el preciso instante en que abro los ojos. La imagen bucólica finaliza cuando uno de ellos decide satisfacer sus necesidades sobre mi camiseta. Es mi camiseta favorita. Limpio como puedo el desaguisado con un pañuelo que encuentro en un bolsillo trasero del pantalón. Un jardinero ha empezado a podar a mis espaldas. El estruendo que produce me aporta poca paz. Mirar hacia atrás buscando esa fuente de ruido me hace fijarme en un señor mayor agazapado entre dos arbustos, mirándome de manera extraña. Me hace un gesto que me niego a interpretar. Mis músculos de movimiento comienzan a reclamarme movimiento. Quizás un paseo sea mejor.

16. Instrucciones para salir del mundo

Se sentía vacía. Hueca. Existencialmente nimia. Aunque en otras esferas avanzaba, en el amor su historia personal era una página medio en blanco, medio emborronada, medio arrancada. En la oscuridad, abandonó esa cama que únicamente le había proporcionado placer y se marchó a su casa. Allí, evadiendo miradas y preguntas parentales, se dirigió a su habitación y se arrebujó en el suelo junto a su mesilla de noche, de donde extrajo la carta. La leyó en voz baja, susurrada, una vez más.

“Hola, Paula. Yo no soy bueno escribiendo cartas como tú. Pero te quería contestar, y al final me he decidido. Pero más para exponerte mis motivos y despedirme que para otra cosa. Has sido buena conmigo, te mereces una explicación.

Sé que no estoy bien. Y que no voy a mejorar. Hago daño a la gente que me rodea. Me parece que mi madre ha tirado la toalla, y en vez de intentar ayudarme se protege contra mí y las palabras feas que le digo sin parar. No le culpo. No salgo de casa, me paso el día entero jugando a los videojuegos. ¿Querrías ser amigo de alguien así?

He leído tu carta decenas de veces, cientos incluso. Me la sé de memoria. Me acuesto a menudo pensando que en mi patética vida, la única mano amiga ha sido la tuya. Esa mano pequeña y blanca, que me palmeaba la espalda en los pasillos del instituto. La recuerdo bien.

Y también recuerdo esa vez que te acompañé a hacer recados, que me mencionabas en tu carta. Como ya no vale la pena guardar secretos, te diré una cosa: fui asquerosamente feliz esa hora en la que toda tu atención fue para mí. Sacaste lo mejor de mí, te hablé de cosas de las que no sabía, para darme cuenta para mi sorpresa de que sí sabía. Me perdí en tus preciosos ojos verdes, prestándome toda tu atención. Simplemente me perdí. Si me pidieran que eligiera un momento de mi vida como ejemplo de felicidad, sería ése. Sin duda.

Estoy al corriente de que te estás comiendo el mundo. Te escuché en la radio, compré tu libro y lo he leído varias veces. Me parece magnífico. Eres una persona que florece y se desarrolla, que lleva una vida plena. Yo, por mi parte, languidezco en la oscuridad de mi habitación. Hace cuatro años que no piso una peluquería, me paso días sin ver mi cara en el espejo, el cepillo de dientes no sabe de mí. La vida alegre y feliz que se nos vende por todas

partes no es para mí. ¿Por qué hay que ser feliz? Yo no lo soy. Tú y yo pertenecemos a dimensiones diferentes, a universos que no son ni paralelos. Si hubiéramos mantenido nuestra amistad, yo te habría arrastrado a ti a la oscuridad, antes de que tú me hubieras guiado a mí a la luz.

En fin, es mejor vivir la calamidad en soledad, para evitar infectar a los demás. Espero que hayas entendido mis razones, Paula. Me despido de ti.

Un afectuoso abrazo,

Pablo”

Paula devolvió la carta a su lugar. Apagó las luces y se arrebujó entre las sábanas, refugiándose en los reinos reparadores del sueño.

17. El fondo de la taza de café

Éste es el ambiente que me gusta. Un local pequeño, acogedor, de colores cálidos tirando a oscuros. Lámparas bajas, que iluminan lo que tienen que iluminar. Música *jazz* de fondo. Mis manos sobre la agradable madera y mi nariz captando el aroma de una taza de café bien colmada.

Hace dos meses que no sé nada de María. La ruptura fue triste, demasiado. Cogió sus cosas y se fue. Así de simple. Podría haberse llevado también las dudas que me han atormentado este tiempo.

Me encanta el olor del café. Y el de la cafetería, que es ligeramente distinto. Será por la mezcla de los aromas del café con otros productos a la venta. Una vez me hablaron de un café en grano que había permanecido en un barco hundido, en sus sacos, durante siglos hasta que fue descubierto. Algún osado se atrevió a probar ese café tan fermentado. Para su sorpresa sabía bien, tenía sus matices que lo hacían especial. Surgió una nueva variedad, muy cotizada. Todo sea dicho, no sé si esta historia es real.

A María no le gustaba el café. Eso me privaba del placer de tomar un café con mi pareja para charlar de temas estimulantes. Prefería la *coca—cola*, en fin... Qué falta de gusto. Tampoco proponía temas estimulantes.

Me inicié con el café al poco de entrar en la universidad, hace tantos años. Me sentía movido por la situación, parecía que estudiar en la universidad exhortaba a tomar café, que constituía una parte inherente de ella. Recuerdo la inseguridad al pedirlo por primera vez, en la cantina de la facultad. "Un café, por favor". "¿Un café solo?". No quería nada más, así que dije que sí.

Muchas veces me faltaba tema de conversación con María, eso me estresaba. Mejor dicho, cada uno intentaba imponer su tema favorito al otro. Llegué a aceptar que sentirme ignorado formaba parte de nuestra relación. Ahora que lo pongo por escrito, suena lamentable.

Queda menos de la mitad de café en mi taza. No quiero que se acabe. Recuerdo cuando María me decía: "Anda que cuando yo te falte, me vas a echar de menos". Yo me sentía seguro, y le respondía: "Eso no va a pasar, porque vamos a estar siempre juntos". Sonrisa y beso. Pero María se terminó, como se está terminando mi taza de café.

El café no lo descubrió el ser humano. Fueron unas cabras etíopes, que masticaron unas bayas que no debían masticar y se pusieron a correr como locas por la llanura. Los pastores comenzaron a hacer pastas de los frutos de

esos matorrales; es curioso qué largo trecho ha recorrido el café para acabar convertido en una humeante taza entre mis manos. Una ligera capa de espuma de leche en el fondo es todo cuanto queda. A ratos se me ocurre algo: que, en realidad, nuestra relación fue como un café descafeinado. El diamante era vidrio, el oro era pintura, y la plata acero. Me asalta una idea divertida: ¿Qué pensarían esos pastores etíopes de antaño, si alguien les pidiera una pasta de café descafeinado?

Perforo con la mirada la taza, ya vacía, concentrándome en el fondo; como si allí pudiera hallar la respuesta a mis atribuciones. Tan absorto quedo, e hipnotizado por el saxofón solista de la música *jazz*, que entro en una especie de estado místico de profunda reflexión. Allí, en el fondo de la taza, veo a un extraño ente de espuma formándose. Me transmite un mensaje compuesto de frases sin palabras, susurradas, sugeridas. Me dice que soy la persona más estúpida del mundo: estoy añorando el guijarro que me he quitado del zapato.

Me sobresalto y vuelvo a la realidad, aturdido. Me levanto sin despegar la mirada de la taza, mientras murmuro estas necias palabras: “Gracias, taza, por la terapia.”

18. Redefinir nuestra amistad

Un conocido me estaba contando que Celia y David, buenos amigos, dejaron de verse.

Lo cierto es que Celia deseaba seguir viendo a David, y David deseaba seguir viendo a Celia. La cosa se había enrarecido; todos mis lectores entenderán a lo que me refiero. Cómo se produjo el inopinado torbellino poco importa, quizás una palabra mal entendida o una caricia peor interpretada, en fin, se desembocó en una despedida fría sin el abrazo habitual. Ahora ninguno de los dos respondía al teléfono para contactar con el otro, no fuera que la contestación consistiera en una declaración de amor. Pasaron semanas sin comunicación alguna. Ni que decir tiene que las respectivas parejas –que las tenían— estaban encantadas de poder librarse de la preocupación de ese molesto amigo íntimo, esa tercera persona, pese a que sus palabras expresaran pena y comprensión.

No obstante, se trata de un suceso a lamentar la pérdida de grandes amistades por tonterías semejantes; no había más que aclarar la situación y a ello es a lo que se dedicaron David y Celia, cada uno a su manera. Él comenzó a escribir un mensaje de Whatsapp: “Tenemos que hablar, Celia. Te quiero...”, mas antes de que pudiera terminar la frase ella lo llamó en ese justo momento y quedaron para hablar al día siguiente y desenrarecer la situación. Por supuesto, David olvidó el mensaje que estaba escribiendo y acto seguido Celia lo leyó, ocasionando la consiguiente confusión. Nadie, a excepción del lector, supo nunca que la continuación, nunca escrita, del mensaje era “...comentar algunas cosas, vamos a quedar para hablar”.

Como es fácil suponer, la cita aclaratoria del día siguiente se canceló por parte de Celia, que alegaba haber caído enferma (sucia mentira). Otra alegría para las parejas. Quiso la casualidad que David formateara aquella tarde su móvil por funcionarle con extrema lentitud y que perdiera en consecuencia todas las conversaciones activas, y por tanto nunca viera el mensaje que él mismo dejó a mitad de confección.

Así pues, la amistad se hallaba malherida y era difícil reanimarla en este punto. Sin embargo, como ya habrá notado el lector, el verdadero protagonista de este relato es el azar, y quiso éste que a los cuatro días se toparan por la calle. Él sospechaba que la alegada enfermedad había sido una patraña, y le costaba desechar una amistad como aquélla, con la que había

compartido tantas aventuras desde la temprana adolescencia. Así que al verla sintió un impulso que no tuvo ningún motivo para reprimir, dado que en este punto no tenía nada que perder y sí mucho que ganar. Se acercó a ella y la besó en la boca. Ella dio tres pasos hacia atrás con violencia. Un paso más y la habría atropellado un autobús. Él la atrajo hacia sí para evitar el peligro y quedaron abrazados.

—¿Qué haces?

Él permaneció pensativo durante unos instantes, tan perplejo como ella por lo que acababa de suceder: el beso, el cuasi—atropello, el abrazo.

—Por lo visto... redefinir nuestra amistad.

En este punto permito la libertad de interpretación por parte del lector, puesto que la persona que me estaba contando esta historia murió atropellada por un autobús justo antes de finalizar su relato. Destino sarcástico, que salva al personaje pero no al narrador de una idéntica muerte.

A lo que vamos, ¿detendría bruscamente Celia el inesperado avance de David, confinando su relación a un definitivo ostracismo? ¿Continuaría dándose la serie de infortunados malentendidos que alejaban a Celia de David y a David de Celia?

¿O por el contrario se abrió una nueva etapa de vivencias en la vida de ambos jóvenes, enviando a sus respectivas parejas al cajón de las experiencias bonitas pero prescritas? ¿Acaso durante tantos años algo permaneció clandestino y aplacado, y gracias a estos azarosos sucesos eclosionó, convirtiéndolo en oficial y abanderado?

¿Qué piensa el lector? Por mi parte, por más que pienso, no logro imaginar la respuesta.

19. La senda que se vuelve a pisar

Las gaviotas se alejan graznando en el puerto gris.

No halla el gozo que hallaba en tales lares. Si antes el puerto era gris no lo recuerda, o no lo percibió así cuando eran cuatro, y no dos, los pies que lo recorrían.

La estruendosa bocina de un barco que entra en puerto aniquila su vigor. Suena fuerte, para estar lejos. Como sus recuerdos. Las tenebrosas aguas de la tarde se remueven.

Deja atrás las verjas, se adentra en un parque. Le cuesta pisar ese paseo entre los árboles.

Entonces eran cuatro, y no dos, las piernas que lo caminaban. Y su mano rugosa rozaba otra más pequeña, más rosada.

Bajo la monstruosa losa de su memoria, la tierra se estremece.

20. Motivos profundos

La ira me corroía por dentro. Una sensación que no me dejaba trabajar. Miraba la pantalla, pero mi concentración hacía las maletas y se marchaba. Una mezcla de excitación sexual y furia me acosaba. Pensaba en él. Y me encendía como como un volcán vespertino.

Yo creía que la cosa estaba clara. Habíamos quedado varias veces. Muy buen rollo siempre. Uno hacía bromas y el otro le seguía la corriente, lo pasábamos muy bien juntos. Él tenía un congreso de odontología en Madrid que duraba dos días y me propuso acompañarle. Yo no tenía nada que hacer (y aunque lo hubiera tenido). Perfecto. Todo encajaba. Al estar allí dos días habría que pasar una noche en un hotel... Blanco y en botella, leche. No se me ocurría de qué manera aquello podía torcerse.

En la recepción del hotel fue él quien contestó “sí”, cuando el recepcionista nos preguntó si queríamos una habitación con cama de matrimonio. Esa sola palabra, el “sí”, era la nítida respuesta a mi duda de si íbamos a intimar sexualmente.

Fue al llegar a la habitación esa noche, tras el primer día de congreso (el cual, por cierto, yo utilicé para irme de compras), cuando su comportamiento cambió de manera extraña. Se mostró pudoroso y callado, a la vez que manifestaba estrés y cansancio con sus palabras. Cuando en la cena había sido todo animación y bromas.

—Me voy a echar a dormir enseguida, Sara. Ha sido un día agotador.

—Mmm, vale. Yo también pues.

Supuse que, ya bajo las mantas, la cosa se animaría. Cogió su pijama y se fue al cuarto de baño para ponérselo. Yo me puse el mío y entré en la cama. Salió del baño, apagó las luces y se metió en la cama conmigo.

—Buenas noches –me dijo.

—Buenas noches, Leo.

Pronuncié su nombre de la manera más dulce que pude. Silencio. El más profundo silencio de la más oscura noche madrileña. El hotel tenía un buen aislamiento; situado en el centro, debería oírse algo de la ajetreada vida nocturna de la ciudad. No me interesaba la ciudad ahí fuera, sino lo que ocurría dentro de la habitación. Presté suma atención a Leo, a los sonidos provenientes de él, a su silueta recortada en la penumbra mirando hacia arriba... U orientada hacia arriba, ya que tenía los ojos cerrados. ¿De verdad

se estaba durmiendo? No me lo podía creer.

Quizás le dio un ataque de timidez en el momento cumbre. Pero eso no era motivo para detenerse, y menos ante un pibón como yo. Hay que echarle un par de huevos. Por Dios, con lo buena que estoy, ¿es que no quería nada conmigo? ¿Era *gay*? No podía entender lo que estaba ocurriendo. Aun así, pensé en la manera de ayudarlo a dar el paso.

Simulando que me cambiaba de posición en la cama, y haciendo el máximo ruido posible con el roce de las sábanas, me coloqué en una postura boca arriba “casualmente” muy cerca de él. De hecho, nuestros brazos se rozaban. ¿Cuál fue la reacción del maldito? Se dio la vuelta y me dio la espalda, llevándose en el proceso la manta con él y dejándome con el culo al aire (literalmente). “Muy bien, se acabó”. Recuperando mi parte de sábanas de un tirón, me di la vuelta hacia el lado contrario con intención de dormir. Sin embargo, lo único que pude hacer fue odiarlo y maldecirlo.

Dos días después, Leo me citó para tomarnos un café.

—Quería comentarte una cosa sobre el viaje.

Bueno, a ver qué me decía. Mucha explicación exigía ese viaje.

—Dime.

—Sólo tengo un testículo.

—¿Qué?

La cara de piedra que se me quedó podría haber servido como modelo para esculpir un busto. Nunca había oído una gilipollez más grande en toda mi vida. Pagué mi café sin probarlo y me alejé de ese “medio hombre”.

21. Temblar

Temo volver a casa.

Es por eso que trato de pasar el máximo de tiempo fuera. Menos mal que tengo unas amigas maravillosas que siempre están dispuestas a quedar. Pobres, no les dejo tiempo para hacer los deberes de clase. Pero yo al día siguiente las defiendo, o me ofrezco yo misma para corregir.

Lo malo es que si paso demasiado tiempo fuera de casa, el retorno es peor. Se trata de buscar un balance.

Está muy oscuro en el rellano. Más de lo normal, debe de ser noche cerrada, en realidad no me he fijado estando fuera. Pego el oído a la puerta antes de introducir la llave, como de costumbre. Silencio. Miro la hora. Las 00:09. Debe de haberse acostado ya. Respiro hondo. Me tiemblan las piernas.

Trato de no hacer ruido al girar la llave, aunque sé que es imposible. Oscuridad dentro. Me quito los zapatos y los cojo con la mano. Ilumino la pantalla de mi móvil. Es suficiente para ver por dónde voy. Al pasar por el salón, mis ojos se vuelven hacia su habitación. Está cerrada. Respiro hondo. Al hacerlo noto un pinchazo en el costado derecho. Aún me duele por el incidente del otro día. Ignoro el dolor, sólo me preocupa no hacer ruido. He llegado a ser buena en esto, podría ser ladrona. Pero nunca me deshago de los temblores. Espero que no me traicionen y tropiece.

Mi respiración se detiene cuando paso por delante de su habitación. Oigo el sonido más tranquilizador: sus ronquidos. Cuando le oigo empezar a roncar cada noche me siento como cuando se va a trabajar por las mañanas o como cuando vienen mis abuelos a recogerme algunos fines de semana. La vida es mejor entonces.

Sólo en apariencia.

Los temblores nunca cesan. Entro en mi habitación y echo el pestillo. Tiemblo. Me desnudo y me pongo el pijama. Tiemblo. Busco la postura en la cama para conciliar el sueño. Lloro y tiemblo. Despierto de madrugada, bañada en sudor y aterrada por una pesadilla, sólo para darme cuenta de que me falta quien me pueda consolar. Es entonces cuando tiemblo más.

Por las mañanas apuro al máximo en la cama, le doy tiempo para que se vaya a trabajar. Después me toca prepararme corriendo. No desayuno ni me lavo la cara. Llego tarde al instituto todos los días. He aceptado que mi nota va a bajar por eso.

Mis abuelos no me creen cuando he sacado el tema. Son sus padres, están de su parte. Es lo bastante listo como para no dejarme nunca un ojo morado o una cicatriz que enseñar a otras personas. Pero el dolor y los temblores son permanentes. A veces juego con la idea de provocar algo más grave, para tener una prueba. Y me acobardo. Eso está más allá de mis posibilidades.

Echo mucho de menos a mamá.

Todo esto lo estoy escribiendo en mi diario. No sé si podría presentarse como prueba ante un juez. Tampoco me parece buena idea. Un juez no tendría tiempo para leerse el diario de una niñata. No voy a hablar con jueces ni con mis abuelos, pero mañana no volveré a casa después de clase. Me iré para no volver. Desconozco adónde. Sólo sé que me faltan fuerzas para seguir viviendo aquí. A veces me duele el corazón, lo cual creo que no es normal en gente de mi edad. Y los temblores... me hacen llorar. Lloro todas las noches. Me voy. O no... no tengo adónde ir. Tengo sueño, y ganas de romper algo. Estoy demasiado familiarizada con estas mezclas de sensaciones. Necesito ayuda.

O no llegaré a la edad adulta.

22. Poliamor

—¿Poliamor? Sí, he oído hablar de eso... Pero no me acuerdo bien de lo que significaba —dijo él.

—Que alguien puede amar a varias personas.

—Entonces yo tengo poliamor porque te amo a ti, a mi madre y a mi hermana, ¿no?

—No, atontado, amar en el sentido romántico. Sería que me amas a mí y a otra chica, u otras.

—¿Es posible eso?

—Eso dicen, es la nueva moda.

—¿Es una moda amar a muchas personas?

—Es una moda que se va a quedar, o sea que han salido científicos hablando sobre eso y todo.

—Cariño, ¿me estás intentando decir algo?

—Tranquilo, no amo a otros chicos. Pero podríamos probar eso que hablamos del intercambio de parejas.

—Demasiada información. Voy a echarme la siesta.

Pero Alba acabó convenciendo a Lucas.

Lucas se sentía algo incómodo teniendo a una completa desconocida llamada Asia sentada a horcajadas sobre él, los dos desnudos, al tiempo que su novia estaba al lado contemplando la escena.

—¿Qué miras? Vosotros a lo vuestro, venga —dijo Lucas.

Alba lo miraba divertida.

—¿Te das cuenta de que me estás poniendo los cuernos? —dijo— ¿No te da vergüenza?

—Te recuerdo que fuiste tú la que me metió en esto. Ahora te lo comes con patatas. Venga, líate con ése.

—“Ése” se llama Martín —dijo Martín.

Alba y Martín se centraron el uno en el otro. En apenas unos minutos al sofá del salón no le quedó un hueco libre de carne. Pasados unos minutos más, las dos parejas interactuaron y se fusionaron en una orgía.

—Me ha gustado, ¿pero esto era poliamor? —dijo Lucas.

—Bueno, ha sido más bien una orgía.

—¿Entonces para qué querías hacer esto? Se suponía que querías comprobar el poliamor.

—Poliamor sería si siguiéramos viéndolos y nos enamoráramos de ellos.

—¿De los dos? A mí él no me interesa.

—No, tú de Asia y yo de Martín. Eres un poco tonto, ¿no?

—Es que no me aclaro con esto del poliamor. Yo te quiero a ti y ya está.

—Ya pero a lo mejor podrías querer a Asia al mismo tiempo que me quieres a mí.

—¿Estás hablando de querer o de amar?

—De amar, más bien.

—¡Pues no me lées con las palabras!

—Sabes de qué estoy hablando. Si sigo quedando con Martín a lo mejor me enamoro de él, pero no por ello tendría que dejarte. Podría tener dos novios.

—No, de él no te puedes enamorar.

—¿Por qué?

—No sé si te has dado cuenta pero es argentino.

—¿Y...?

—Que no me imagino que una chica pueda enamorarse de un argentino, son muy cansinos.

—Martín es un ejemplo, podríamos conocer a más gente.

—¿Pero cuántos novios quieres tener tú?

—Los que hagan falta.

—¿Y te vas a casar con todos ellos, y a tener hijos con todos? ¿A bienes gananciales, y cada Navidad con una familia?

—Qué antiguo eres. No habría por qué casarse, ni tener hijos. Y mucho menos lo de los gananciales.

—¿Ahora no quieres tener hijos? No es eso lo que me has dicho siempre.

—El mundo está superpoblado, si algo no le hace falta es más gente.

—Claro, y lo haces por el mundo y no por eso que te ha dado ahora con el poliamor.

—Un poco por todo.

—Vamos a ver, que me queden las cosas claras. ¿Adónde lleva esta conversación? Si vas a acabar dejándome y ésta no es más que una manera sofisticada de hacerlo, prefiero la antigua: dime que me dejas y ya.

—¡Que no! ¡No quiero dejarte! Me encanta que seas tan tonto. Y otras cosas que no te digo para que no te vengas arriba.

—Vaya, se ve que rezumas amor por mí. Se te ve loquita. Pues estaría bien que me dijeras esas cosas por las que me amas, aunque sea para saber que no me vas a dejar.

—Vale. Me encanta de ti que siempre me prestas atención, que te desvives por mí, que eres abierto y no te cierras a las cosas que te digo, que haces lo posible para hacerme sentir bien, que te veo como mi hombre, el que me quiere, me protege a mí y a mis futuros hijos.

—¿Entonces quieres tener hijos? Me estás volviendo loco.

—Lo que te quiero decir es que te veo como el padre de mis hijos. Te aseguro que ésa es la mayor declaración de amor que una mujer le puede decir a un hombre.

—Necesito una siesta. Demasiada información.

—Sí, tú vete a dormir después de las cosas bonitas que te he dicho. Cuando te falte ya me echarás de menos.

—No pasa nada. Como tengo poliamor tendré a muchas otras.

Cuando Lucas estaba ya desvistiéndose para la siesta, entró Alba corriendo y se abalanzó hacia él rodeándole con los brazos. Le dijo en susurros:

—Te amo con locura.

—¿Me amas o me poliamas?

23. Otoño en la lápida

Me encantan los entierros. Es el único evento en el que los tímidos tenemos nuestro sitio. Parece como si el mundo hubiera sido fabricado para extrovertidos. A excepción de los cementerios... Aquí, puedo guardar silencio y no aparentar nada que no soy. Si alguien me interpela, está bien no contestar, o hacerlo con una mirada o un toque en el brazo. No hace falta más. Si uno no se prodiga en palabras, comentarios y muestras de dinamismo social, a uno se le perdona. Ni siquiera eso. No se le tiene en cuenta desde un principio.

El cementerio es el reino de los retraídos. Ha muerto un familiar. Pero yo me fijo en cómo el sol otoñal impacta sobre una lápida. Una que muestra una foto de una persona de mediana edad. Una mujer. Con dificultad debido a los rayos del sol, puedo leer que su epitafio dice: “Te fuiste antes de tiempo, pero permaneces en nuestros corazones”. Me acerco para ver mejor la foto. En contra de lo que me había parecido, es joven. “2002—2017”. Muy joven. Con toda la vida por delante. Perdida para siempre.

Me centro de nuevo en el funeral al que estoy asistiendo. Alguien está pronunciando unas palabras. Lugares comunes, frases preparadas. Todos somos mejores cuando hemos muerto. Me aparto del grupo de nuevo, inadvertido, y enfoco mi rostro hacia el sol. Como un girasol.

Mientras disfruto del templado sol otoñal, que ahuyenta las primeras brisas cortantes del año, me pregunto qué desdichado evento pudo segar la vida de esa chica de quince años. Nadie debería ver su futuro quebrado tan pronto. “Lucía E. S.”. Ante mi sorpresa me percató de la aparente forma de pretérito imperfecto de su nombre. Es maliciosamente irónico.

En el fuero interno de mi introversión, puedo permitirme ocurrencias de ese tipo. Como también que, de nuevo ante mi sorpresa, estoy sintiendo más la muerte de esa tal Lucía que la de mi familiar. Los rayos otoñales se posan sobre mis hombros y me dicen que no debo sentirme mal por ello. Me reconfortan.

Reniego del funeral al que asisto. Al menos, por unos minutos. Prefiero honrar la memoria de Lucía E. S. Nunca la muerte de una persona tan joven será suficientemente velada. Miro muy de cerca su foto. Era una chica de cara bonita y sonriente. Me pregunto si sería feliz en vida, como expresa su foto. Su lápida está rodeada de flores. Pero algunas están viejas y sin pétalos.

¿Habrá venido mucha gente a su entierro? ¿Será recordada por sus familiares, como promete el epitafio? A juzgar por la fecha de su deceso, ésta tuvo lugar hace poco. Me pregunto si sus padres aún la llorarán, si tendría un novio que aún la recuerda. Si le gustaba ir al instituto y estudiar, si tenía planes de futuro. Esto último se me antoja lo más amargo; dado que si los tenía, nunca los pudo cumplir.

No sé a cuántas de estas preguntas se puede contestar con un sí. Lucía, yo contesto a la mayoría de las preguntas de mi vida con un no. ¿A cuántas preguntas contestarías tú con un no? ¿Te cerraste a la vida? ¿Es eso? En fin, no puedo hacer nada por ti, pero al menos este maravilloso sol iluminará siempre el lugar de tu descanso eterno. Y quizás yo te visite de vez en cuando, ¿por qué no? Cada vez que quiera venir aquí a reunirme conmigo mismo, con el sol de la tarde, y contigo, Lucía. No te conocí, pero te recordaré. Descansa en paz.

Un manto de hojas doradas te arropa en tu lecho, mientras los últimos jirones de luz brillan sobre tu nombre marmóreo.

24. En busca de Paula Verdes

Difícil reto.

Los disfraces eran buenos, y algunos no permitían observar del rostro nada más que los ojos. La organizadora de la fiesta, la persona a la que había que encontrar, mi amada, tenía los ojos verdes.

Paula Verdes, qué chica. Nunca dejaba de sorprenderme. No sé si alguna vez se habrá dado cuenta de las babas que dejaba tras ella. Al menos no resbalaba con ellas. No. Ella nunca resbalaba; era majestuosa, serena, divina.

La casa era grande. Según había podido saber, pertenecía a sus tíos, que se encontraban de vacaciones. Desconocedores de la hecatombe que Paula estaba provocando con su fiesta de Halloween.

Rocé con mi mano el trasero de varias chicas. Un roce natural, había mucha gente y debía abrirme paso. También por ello toqué sin querer el pecho de otra. Por suerte, su estado de embriaguez impidió que se percatara. Aunque su acompañante me miró raro.

Sólo tenía en mente esos ojos verdes tras la máscara de Jack Skeleton. Estaba seguro de que llevaría ese disfraz dado el gran amor que le profesaba al personaje. Así se constataba en cuatro de las veintidós fotos públicas que tenía en su perfil de Facebook, en las que se apreciaban muchos objetos de su habitación inspirados en “Pesadilla antes de Navidad”, y en concreto en su calavérico protagonista.

Esperaba que dejara de querer a Jack Skeleton para quererme a mí.

Cesé de buscar por el jardín y entré en la casa. Mi temible disfraz de Hannibal Lecter imponía a los asistentes. Los cuales me importaban poco; me importaba Paula Verdes.

Mi querida Paula, tan joven y ya escritora. Literalmente he devorado su libro. Y ha estado en la radio. Grabé su entrevista y la he escuchado doscientas treinta y nueve veces, a día de hoy. Donde estoy ahora me ayuda a conciliar el sueño.

Me agradaba la ambientación del interior de la casa: velas, calabazas, telarañas, cráneos, todo ello tamizado de una luz tenue proveniente de velas en candelabros y una música tétrica de fondo. La gente parecía conocerse, hablaban en pequeños círculos. Pese a los disfraces, pude darme cuenta de que había demasiados hombres. Siempre hay demasiados hombres.

Algo me decía que debía subir al piso superior para encontrarme con mi

amada. Un ser tan divino no debía hallar su lugar en la planta baja. Suena vulgar para la talla de su persona: “planta baja”. Mientras cruzaba el pasillo oí algunas voces que parecían cuchichear sobre mí. Incluso aprecié un: “¿Quién es ése?”. Ignoré todo aquello que me despistara de mi objetivo. Subí las escaleras e inspeccioné las habitaciones. En todas ellas encontraba gente; en una incluso una pareja teniendo sexo. Me gritaron cuando les interrumpí. Salí, la chica no era Paula. Proseguí por el pasillo. Debido a que otras personas me bloqueaban la visión, no me había dado cuenta de que Paula estaba allí, en el pasillo mismo. No lucía el disfraz de Jack Skeleton, sino el de la Novia Cadáver. Había errado en mi suposición, pero por poco; seguíamos en el universo de Tim Burton. La fascinación que experimenté al verla me sacudió como un corrimiento de tierras. El vestido blanco resaltaba las curvas de su figura de una manera que encendió mis instintos. En el marco de un disfraz tan tétrico y auténtico, con su velo cubriéndole parte de la cara y su maquillaje de palidez integral, sus magnéticos ojos irradiaban una luz verde que encarnaba la esperanza de mi vida.

La suerte quiso que en ese preciso instante se separara del grupo para, supuse, ir al baño. La seguí. En efecto, era allí adonde se dirigía.

Tras una curva de la entrada a los baños nos hallamos solos, aunque ella aún no se había percatado de mi presencia. La cogí del hombro y le di la vuelta.

—¿Quién eres? —me dijo.

—Hannibal Lecter —contesté. No pareció divertirla. Me quité la máscara.

—No recuerdo haber invitado a ningún anciano a mi fiesta.

—¿Anciano?

—Pelo blanco, calvicie, arrugas, postura encorvada. Sé reconocer a un anciano cuando lo veo. Te lo repito. ¿Quién eres?

—Tu hombre.

—Yo no tengo hombre.

Qué implacable era, mi querida Paula no se inmutaba ni se amilanaba.

—Sí que lo tienes, y soy yo. Quizás aún no lo sabes, ése es el único escollo.

—Mira, yo no soy de gritar ni de las que se asustan fácilmente. Pero no tengo inconveniente en darte un rodillazo en tus podridos huevos como no me digas ahora mismo tu nombre y por qué estás en mi fiesta.

Rápidamente le tapé la boca con mi mano y la empujé hacia el interior del baño, cerrando la puerta con pestillo a mi espalda. Ella respondió con una

feroz resistencia, pero yo tuve cuidado de no retirar la mano. Una enorme pieza de jabón de manos reposaba sobre el lavabo. La agarré y se la introduje a presión en la boca. A partir de entonces, sólo débiles sonidos guturales emanaban de su garganta. La empujé contra la pared más alejada de la puerta y comencé a desnudarla. Sus esfuerzos eran vanos contra mi fuerza. Le despojé del vestido, los zapatos, las medias. Me excitaba más y más a cada prenda que caía. Ella se resistía como podía, qué dulce.

Mi querida Paula, qué curvas más perfectas tenías (y supongo aún tienes). Te arranqué el sujetador con violencia, y me deleité en la visión de tus pechos. Esos pechos jóvenes, redondos. Sentí la necesidad de desnudarme yo también y liberar mis instintos. Mientras me deshacía de mis pantalones, pudiste escupir el jabón de la boca y gritaste como una loca pidiendo ayuda. Segundos después una tromba de golpes sacudió la puerta y literalmente la tiraron abajo. Lo único que recuerdo es que varios rostros masculinos encendidos proyectaban su ira hacia mí y que me agarraron con violencia. Me empujaron a patadas escaleras abajo mientras me arrancaban la ropa que me quedaba. Muchos me escupían, todos me insultaban. Repetían la palabra “violador”. Aún no sé muy bien por qué. Yo sólo acudía a la cita con mi amada.

Ya al pie de la escalera, uno de ellos, disfrazado como Eduardo Manostijeras, paseó sus cortantes manos (pentrechadas con cuchillas reales) por mi tronco, mis brazos, mis piernas. Me transformó en una siniestra fuente de sangre. Otro, disfrazado del monstruo de Frankenstein, comenzó a darme patadas en los testículos con sus enormes botas. Entonces apareciste, mi diosa Paula Verdes, de nuevo vestida como la Novia Cadáver ante todos los asistentes que observaban expectantes, y dijiste:

—Déjame hacer eso a mí.

No me pateaste, sino que con tus propias manos me estrujaste los testículos sin piedad, provocándome el mayor dolor que he experimentado en mi vida. Y te regodeaste en dicha tarea durante largos minutos, en los que no pude hacer nada ya que varios chicos me inmovilizaban. Todos te coreaban por el espectáculo que ofrecías.

Incluso aquí y ahora, en la cárcel, no he sufrido tanta dureza por parte de mis compañeros convictos. Paula Verdes, te concedo el derecho de haberme hecho lo que me hiciste. Estoy enamorado hasta el último poro de tus curvas, de tu rostro, de tu alma. Todo el sufrimiento ha valido la pena. Somos la pareja perfecta y siempre lo seremos...

...sólo que tú aún no te has dado cuenta.

25. Setas brillantes

No recuerdo cuándo fue la última vez que quiso hacer algo con su hermana pequeña. Fuimos a por setas de noche. Decía que para detectar las mejores había que hacerlo así puesto que brillaban en la oscuridad.

Atravesamos una senda del bosque sin llevar ninguna luz. Si lo hacíamos no seríamos capaces de captar su brillo.

Me llevó por una senda que no conocía, y me entró un poco de miedo. Incluso en la oscuridad noté que me miraba de refilón. Cada vez estaba más oscuro, quizás una nube cubría la luna.

—¿Dónde están las setas? ¿Falta mucho?

Tardó un poco en contestar, fue raro.

—No.

Aunque su respuesta fue corta, no paró de mirarme. Nunca me había mirado así. Mi hermano me ignoraba la mayor parte del tiempo, y cuando lo hacía era para llamarme niñata.

—Tengo frío. Volvamos a casa. Lo de las setas que brillan te lo has inventado.

Lo único que brillaba en la oscuridad eran sus ojos. Con su brazo me cubrió entera. Seguía tiritando de frío. Me apretaba cada vez con más fuerza, obligándome a ir a su paso y casi haciéndome tropezar. Me puso la mano en el cuello y me lo acarició, la tenía helada.

Unos minutos más tarde, estornudé tres veces. Paró en seco. Tras sorprenderse, su mirada se volvió familiar, la de siempre, y dijo en voz baja:

—Me he confundido. No era aquí, volvamos a casa.

Sin saber del todo por qué, noté un alivio inmenso.

26. En invierno el sol es blanco

Hoy he hecho *aquaplaning* volviendo del trabajo. ¿Que en qué consiste? En conducir un coche que de pronto se cree patinador profesional. Cierto, la carretera estaba helada y ni siquiera tengo neumáticos de invierno. De acuerdo, tampoco conducía con la suficiente precaución dadas las circunstancias. Pero ahora tengo una historia que contar.

Al menos, sé que a la china que me sirve la comida en ese pequeño restaurante para llevar le interesará. Por muy china que sea, noto que tiene interés por mí. A otros clientes ni les mira. Y a mí no sólo me mira, sino que además me sonrío.

Creo que es por mi nuevo *look*. Me he afeitado la barba y rapado la cabeza. Me he quitado diez años de encima. Parezco un niño.

Efectivamente, la china tenía interés. Hoy me ha metido la lengua hasta el esófago. Previo a ello la invité a salir, claro, y hemos quedado varias veces: a la bolera, al bingo y al *pier* (me he prometido a mí mismo no buscar nunca la traducción de esa palabra. Tengo la intuición de que perdería su magia). Hay que ser originales.

Me gusta besarla. Tiene los labios más carnosos que he besado en mi vida. Será de una región de chinos con los labios carnosos.

En el *pier* pasamos un frío de cojones, pero me apetece volver a llevarla allí. Me gusta aún más besar esos labios cuando están casi congelados.

Hoy he visto por la ventana que nevaba, y he salido a reflexionar. Al poco de salir me he quitado la capucha para que me cayeran los copos en la cabeza. Necesitaba pensar con frialdad.

Me he internado por uno de los bosques que los urbanistas (con dos cojones) plantaron en mitad de la ciudad. Aunque ya lo he hecho otras veces, no deja de resultarme extraño poder disfrutar de la naturaleza en el centro de la ciudad. Claro, como soy español (del litoral este, para más inri), no lo puedo entender.

Hacía frío con mayúsculas. El suelo estaba nevado y seguía precipitando.

He pensado que quizás lo he hecho mal con la china. Perdón. Con Jade (es el nombre occidental que ella misma eligió al emigrar). Mi plan es volver a mi país en dos meses. Y ella no lo sabe.

El paseo ha servido a su propósito. He tomado una decisión respecto a Jade.

Aún siento dolor en la mejilla. Al menos, he vuelto calentito a casa. El frío persiste. Las calles son blancas y no parece haber alma en los ojos de las personas que me cruzo.

Es curioso. El guantazo que he recibido cuando le he contado a Jade mis intenciones de volver apenas me importa. Lo que me ha mantenido intrigado durante todo el camino de vuelta, y aún ahora, son las últimas palabras que ha pronunciado antes de volverse y alejarse:

—En invierno el sol es blanco.

27. Iván el No Tan Terrible

... y efectivamente, un día di con la manera.

El chorro de agua caliente caía sobre mi pie alzado, para luego deformar la gruesa capa de espuma. El vapor emanaba de la bañera mientras mi mano sostenía tres cuadrados de Milka de caramelo. Aunque se derretirían un poco sobre mis dedos antes de que me los terminara, no pasaba nada: me los chuparía. Era mi momento; allá fuera era Navidad, pero yo renegaba de ella y disfrutaba de mis placeres caseros mientras reflexionaba sobre la cuenta pendiente que mantenía con Iván el Terrible. Esa espina que no me había sacado en medio año, ni había *querido*. El calor que padecí en ese hotel ahora me besaba y reconfortaba en la gelidez del invierno. Paradójicamente la venganza se sirve fría y me reconfortaría aún más. La voz de Alice Cooper se desgarraba al tratar de atravesar el quejumbroso altavoz del móvil: “...*I ain't no angel, but I've never felt better...*”. Tenía maldita razón. Esas palabras destrozaron ciertos tensores en mi interior. No volvería a sentirme equilibrado hasta que algún tipo de justicia divina se le aplicara a ese simulacro de ser humano.

Óscar y yo habíamos encontrado trabajo en otro hotel, tras ser despedidos del anterior por el incidente de Iván el Terrible. La causa abierta contra nosotros se archivó pronto, pues Castro, el único testigo existente, decidió no testificar en contra nuestra. Parece que incluso alguien tan impasible como él sentía hacia Iván, por lo menos, antipatía.

Estoy escribiendo un libro sobre el odio. Un ensayo. Se venderá. He adoptado una perspectiva innovadora sobre el mismo, que hará que lo veamos de una manera diferente. Iván el Terrible me había sido de tanta inspiración... Al fin y al cabo, el odio me está ofreciendo un mensaje nítido para la vida. He de clausurar este episodio antes de calcular los próximos derroteros; una vez despachada la carga, mis manos se liberarán y continuaré mi vida.

Óscar y yo hemos quedado varias veces para ultimar el plan. Es difícil dirigirse a cualquier parte en estas fechas, la calle está atestada de gente que sucumbe al voraz capitalismo representado por el hombre gordo y barbudo que viaja tirando de renos. Aun así, reconozco que me agrada el ambiente navideño. Cuando nieva, la calle parece casi un escenario de película empalagosa rodada en Nueva York.

Ya sabíamos dónde vivía Iván. Un día lluvioso de noviembre lo seguimos cuando salía del hotel en dirección a casa. Ahora, en diciembre, habíamos esperado cerca de su portal a que saliera a hacer las aparentemente obligatorias compras navideñas. Supusimos que lo haría, pues era un sábado por la tarde justo antes de la semana de Navidad. Acertamos.

Nos sorprendió en un primer momento que fuera solo. Después lo pensamos y lo encontramos natural. Aun así, algunas compras tendría que hacer. Aunque fueran para él. Se dirigió andando hacia el centro. Perfecto, iba solo y a pie, se nos facilitaba la venganza. Lo seguimos a una prudente distancia. Necesitábamos que hubiera gente presente. Había unas calles en concreto que nos vendría muy bien. Eran muy transitadas, pero tenían muchas bocacalles oscuras y estrechas.

—Prepárate —le susurré a Óscar—. En ese callejón.

Óscar asintió y aceleramos la marcha. Nos colocamos cada uno a un lado de Iván el Terrible y lo agarramos como si fuera un amigo nuestro. Con unas sonrisas por delante. Óscar le subió la bufanda a la boca y le metió un buen trozo en ella. Esa boca solía vomitar órdenes y exabruptos, ahora sólo articulaba gemidos guturales. La gente de nuestro alrededor no sospechó. Nuestra actitud era espontánea y los escandalosos villancicos de los establecimientos comerciales enmascaraban su voz. Lo condujimos hacia la oscuridad del callejón.

Hasta el fondo, donde no se veía nada.

Comenzamos a desvestirlo y a arrojar su ropa a la mochila de Óscar. Por mucho que se resistiera nuestra víctima, eran dos chicos veinteañeros asiduos del gimnasio contra un cuarentón decrepito de cuerpo con la forma del sofá. Le quitamos toda la ropa. La nieve se posaba sobre su piel desnuda.

—¡Cabrones! ¡Os vais a enterar! ¡Hijos de puta!

Sonreí.

—El que se va a enterar eres tú. Maldito hijo de la gran perra —contesté—. No te imaginas lo mal que me lo hiciste pasar en el hotel. Te mereces esto y mucho más.

—Lo mismo digo, cabronazo —apuntó Óscar.

Éste ya tenía el móvil preparado para grabar. Arrastramos a Iván de nuevo hacia la calle principal. Seguía resistiéndose, pero sus pies resbalaban con la humedad. La gente comenzó a pinchar su burbuja navideña para observar la anti—navideña escena. Lo empujamos hacia un coche aparcado y Óscar comenzó a grabar. Dios, era mi momento de gloria. Iván se hizo daño con el

choque, cayó al suelo boca arriba con todo el ciruelo a la vista. De la gente que pasaba, algunos se reían, otros mostraban preocupación. Probablemente éstos últimos no tardarían en ofrecerle ayuda, así que decidimos ir acabando.

—¡No se preocupen, señores, es una despedida de soltero! Nuestro amigo se casa mañana —explicó Óscar.

Unos pocos parecieron satisfacerse con la explicación, pero otros no. Iván luchaba por levantarse, pero entre el dolor, el frío y el suelo húmedo, le costó una barbaridad. Finalmente un hombre le cogió del brazo y le ayudó a levantarse.

—Es hora de irse —dije.

Echamos a correr. Alguien nos lanzaba improperios a nuestras espaldas, no supe distinguir si se trataba de Iván o de otra persona.

Lo importante es que el vídeo estaría subido esa misma noche.

Se tituló “Iván el No Tan Terrible” y a los dos días ya tenía veinte mil visitas. No estaba nada mal. La cantidad de veces que lo he reproducido... cada vez que lo hago siento que se me paga el salario de esos nefastos días estivales en que estuve a punto de morir (sí, ya estoy seguro de que lo estuve). Es justo que si yo rozara la muerte por calor, Iván el Terrible hiciera honor a su nombre y la rozara por frío.

Empecé diciendo que el odio y el amor se parecen. Ahora lo veo más claro que nunca. Mi odio hacia Iván ha derivado, tras ser balanceado por este incidente, hacia un amor intenso hacia la vida. Cómo son las cosas, incluso disfruté de aquella Navidad como nunca antes lo había hecho. Aunque no necesitaba regalos. El mejor y único regalo me lo hizo Iván el No Tan Terrible, con la obra maestra de los cortometrajes titulado de manera homónima a él.

28. El pollo mágico

Recuerdo unas Navidades cuando era pequeño. Fue la primera vez que vi un animal entero cocinado. Un pollo. O casi entero, no tenía cabeza ni plumas ni piel. Era el centro de atención de mi familia, como si todos lo adoraran.

Me impresionó.

Sin embargo, yo me di cuenta de que se trataba de un pollo mágico. Estaba vivo. Se estaba haciendo el muerto para pasar desapercibido ante los humanos. Pronto encontraría su momento y escaparía. Mi abuelo blandió una espada ante mi amigo, pues lo consideré tal, y antes de que pudiera clavarse en su carne recuperó su piel, sus plumas y su cabeza, la cual no vi llegar pero llegó y se colocó en el extremo del cuello seccionado, encajándose como una pieza de Lego. Al extender sus alas para echar a volar parecía más grande. Causó gran revuelo entre los presentes. Miré de nuevo a su cabeza y era la de un dragón, con sus escamas y todo. Voló hacia mí en su camino hacia la ventana abierta. Una de sus garras se clavó en mi camiseta y me colocó en su lomo para que escapara con él. O ella. No sabía qué era. Una vez al aire libre, le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Tirisnea.

—Eso es nombre de chica, ¿no?

—De chica no. De dragona.

—Ah, hola Tirisnea, yo soy Damián.

—Sé quién eres. Eres mi amigo y por eso nos vamos.

La dragona fue cogiendo altura y tamaño. Su cabeza era ya como mi cuerpo, y al girarme hacia atrás vi unas enormes alas, cuerpo y cola balancearse a través del viento. Al hacerlo descubrí a mi padre un poco más allá, volando gracias a unas alas negras que le habían brotado de la espalda. Gritaba algo que no entendí, parecía compungido. Se aferró a las escamas pero Tirisnea hizo un giro brusco y consiguió deshacerse de él.

—Vamos a ver a tu amiga Elena.

—¿Ah, sí? ¡Qué bien!

Elena estaba asomada a la ventana y nos vio llegar, sonriendo al darse cuenta de que era yo. La cogí estirando el brazo y la monté detrás de mí.

—¿Este dragón es tu amigo?

—Sí. Y es una dragona. Se llama Tirisnea.

—¡Hola, Tirisnea!

Pero Tirisnea no contestó. Se encontraba mal. Dijo al fin:

—Me duelen las patas. Y el lomo. Y el abdomen.

El cielo se oscureció y aparecieron relámpagos con la apariencia de tenedores de metal, que lastimaron a mi querida dragona. Comenzamos a caer, y a caer, y a caer...

Me negué a comer. Mi trozo de pollo (de pollo mágico) permaneció en el plato tal cual me lo sirvieron. Me prometí a mí mismo que jamás me comería a un amigo. El día siguiente lo pasé castigado en mi cuarto.

29. Matar la ballena

A Paula se le resbaló el móvil de las manos, impresionada por lo que vio en Instagram. Comenzó a marearse y a hiperventilar. Al rato retomó el dominio de sí misma. Ella no se ponía nerviosa por nada, recordó.

Al recoger su teléfono del suelo, volvió a mirar la imagen y el texto, esta vez tras un cristal resquebrajado. La foto mostraba un brazo con un pequeño corte del que emanaba sangre. El texto adjunto rezaba lo siguiente:

Parece como si toda mi vida hubiera consistido en un viaje hacia mí mismo, para descubrir mis miserias y horrorizarme ante ellas. Un viaje sin retorno. O, mejor dicho, el viaje sin retorno, ya que para mí no hay otro posible. #i_am_whale

Sabía perfectamente lo que significaba. Se levantó de un salto del banco de piedra de la estación de metro donde se encontraba. Casi dio un cabezazo a un señor mayor al hacerlo. Como una exhalación subió las escaleras y salió a la calle. Por allí cerca, vivía Pablo, el autor de la foto y el texto.

Aporreó el timbre hasta que alguien le contestó, una voz femenina:

—¿Quién es?

—Hola, señora, soy amiga de su hijo. ¿Me abre, por favor?

—Él no ha quedado con nadie... un segundo, que le pregunto.

—¡No, espere! No hemos quedado, y él le dirá que no me deje subir. Pero es importante, créame.

Hubo un rato de silencio y después el “ñeec” de la cerradura. Tras subir cuatro pisos por las escaleras corriendo, Paula se sorprendió de que no se sintiera cansada. Sentía el torrente de adrenalina sacudiendo sus venas.

La puerta se encontraba entornada, y la madre se asomó por la abertura. Su rostro era la pena retratada.

—¿Qué pasa, hija? ¿Quién eres? No te conozco.

—Hola, soy amiga de Pablo del instituto. Necesito verle. Luego si quiere nos tomamos un té y se lo cuento todo, pero primero me gustaría hablar con él.

—Claro, bonita —dijo la madre tras unos segundos—. Mira a ver si sacas a mi hijo de su habitación y que le dé un poco el aire.

La madre guio a Paula hasta el cuarto de Pablo. Un segundo antes de tocar a la puerta, agarró del brazo a la joven y la miró con un semblante cambiado.

Tenía los ojos húmedos y le temblaba la voz:

—Qué guapa eres. No recuerdo cuándo fue la última vez que mi hijo recibió una visita. Por favor, ayúdale. Lo está pasando mal. Ayúdame a mí también, esto no es vida.

Paula, conmovida, esbozó una sonrisa tranquilizadora y respondió:

—Claro, mujer, para eso he venido. Quiero ayudar a Pablo. Lo vamos a intentar.

—Sí.

—Hola, Pablo.

Paula torció la nariz nada más entrar. Apestaba a lugar cerrado y la ropa sucia cubría el suelo. La poca luz que había se colaba por una pequeña rendija a través de la persiana. Un ordenador encendido y un juego en marcha. Una cara de enorme sorpresa que la miraba desde las sombras.

—No hagas lo que estás planeando hacer —añadió Paula.

Pablo parecía haber sido contemplado por Medusa. No era capaz de mover ni un solo músculo de su cuerpo, ni siquiera para pestañear.

—Reacciona. Soy yo, Paula.

—¿Qué estás haciendo aquí, Paula?

—No, la pregunta es qué estás haciendo tú con tu vida.

—¿Qué estoy haciendo?

—Lo sabes. No me hagas perder el tiempo —tras una pausa, continuó—. ¿Cuánto tiempo hace que no le hablas a una chica?

—No hablo con mucha gente, ya sean chicas o chicos, adultos o viejos.

—Si te escucharas te darías cuenta de lo triste que suena eso.

—Me doy perfecta cuenta, no te preocupes...

Paula hizo un esfuerzo para atravesar la habitación sorteando los obstáculos y sentarse en la cama deshecha, junto a la silla fosforescente de jugón en la que se sentaba Pablo. Lo miró a los ojos.

—¿Por qué te quieres suicidar?

Pablo pausó el juego y dejó el mando sobre la mesa.

—¿Leíste mi carta? —dijo.

—Muchas veces.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y qué te pareció?

—Que escribes muy bien. Eres un talento desaprovechado.

Un esbozo de sonrisa apareció en los labios de Pablo.

—No, tú escribes mejor. Tu libro lo demuestra.

—Vaya, todo el mundo con el que hablo ha leído mi libro. Pero yo no veo un duro... No hice un buen trato con el editor.

—Me recuerdas a ése que dijo: "he venido a hablar de mi libro". Estás delante de un suicida, tratando de salvarlo.

—Pues hablemos de tus intenciones suicidas. Cuéntame.

—Ante todo he de reconocer que me halaga que me hayas buscado y hayas venido hasta aquí, y te hayas colado en mi habitación después de haber estado cinco años sin vernos. Si algo puede detenerme de seguir en la ballena, eres tú, desde luego.

—Que no te ofenda, pero hablas como alguien que no está acostumbrado a interactuar con otros seres humanos. Y joder, los pocos con los que lo haces están intentando matarte.

—Supongo que no tengo práctica escogiendo mis amistades.

—Lo que decía es que esa mezcla de reserva y sinceridad... me resulta atractiva. Que no tu aspecto ni cómo tienes la habitación.

—¿Qué te importa cómo tenga la habitación?

—Tengo mis métodos. Hazme caso, Pablo. Hazme caso de verdad. Te pido una cosa, un pequeño esfuerzo. Dúchate, aféitate o recórtate la barba, ponte ropa limpia, perfúmame si tienes colonia y acompáñame a dar un paseo. Concédeme al menos la duda si te digo que hay un mundo ahí fuera y que puede ser hermoso. Venga, te espero tomando un té con tu madre.

Pablo titubeó. No era gran cosa lo que le pedía Paula, podía concedérselo.

Mientras comenzaban a caminar por las calles de la ciudad, Paula dijo:

—¿Sabes que hace un año y medio tuve una crisis de ansiedad?

—¿Tú? No me lo habría imaginado. ¿Qué te pasó?

—Supongo que no soy tan fuerte como aparento. Siempre he querido tener mis cosas en orden, alcanzar lo que quiero. Un día me sentí vacía, el vértigo me abrumó. Había perdido la orientación de mi vida. Parecía que todo aquello que me motivaba en el día a día, de repente era quebradizo. Algo no iba bien conmigo y debía descubrir de qué se trataba antes de continuar con mi vida. Sacaba muy buenas notas en la universidad, había publicado un libro de relatos, no tenía motivos para quejarme. Pero la intuición está ahí para estamparnos en la cara las cosas obvias que no entendemos. Con el ataque de pánico toqué fondo y decidí hacer algo al respecto. Aunque a tu lado no lo

parezca, soy una persona solitaria. A veces nos ceñimos a nuestro círculo social más cerrado, cuya visión de la vida puede ser estrecha. Tomé la decisión de apoyarme en los demás, conocer gente nueva que me ofreciera perspectivas diferentes. Me apunté a varias actividades: capoeira, vóleibol, balonmano... No te imaginas la de gente interesante que hay por ahí, que te pueden hacer ver las cosas de manera diferente.

—¿En serio? A mí todos me parecen iguales.

Paula rio entre dientes:

—No puedes estar más equivocado, Pablo. Si te basas en la gente que conoces a través de los videojuegos, es normal que todos te parezcan iguales. Lo único que hacen es insultar.

—Yo también. Básicamente insulto.

—¿Lo ves? Es cierto que cuando te rodeas de gente te pueden pasar cosas buenas y cosas no tan buenas. De hecho, me han ocurrido algunas cosas bastante terribles con personas puntuales, que prefiero olvidar. Pero en general el balance es bueno. El caso es que aunque me rodeé de mucha gente, yo lo viví como una escapada para meditar. Al menos me hicieron pensar mucho.

—¿Y te sirvió la retirada mística?

—Dejando a un lado tu sarcasmo, he de decir que fue la mejor decisión que he tomado en mi vida. Di un rodeo, como suelo hacer yo, para dar solución a un problema simple. Mi conclusión fue ser consciente de que durante toda mi vida había dejado de lado a las personas y a las emociones para centrarme en mis objetivos. Eso me hacía sentir miserable, y cada vez más. Debía poner freno a mi ambición, estaba haciendo cosas que una persona sana mentalmente no debería hacer.

Los ojos de Pablo, entornados durante toda la conversación, se abrieron de par en par.

—Ahora soy otra. Paula 2.0, dicho en tu lenguaje friki. Me replanteé mi sistema de valores, y ahora todo es coherente. Se puede vivir más de una vida durante la vida de uno.

—Vaya, me tengo que apuntar esa frase.

—Pues si la enmarcas y la cuelgas en la pared de tu cuarto, harías bien.

—Supongo que me has contado esta experiencia tuya porque quieres que yo también me apunte a cosas y conozca gente.

—Sí. Me gustaría que lo hicieras. Date otra oportunidad, te la mereces. No subestimes a la gente, alguien de repente puede darle un manotazo a tu

sistema de valores e imponer en su lugar algo que reluzca.

—Como tú estás haciendo ahora mismo...

—Me halaga que digas eso. ¿Lo estoy consiguiendo entonces?

—Vamos a ver, tú estás dándole manotazos a todo lo que significa mi vida.

—Si con eso te hago pensar... Me vale. Pero ten cuidado cuando elijas a tus amistades. Desde luego envía a los de la ballena a tomar por culo cuanto antes.

—Sí... debería.

—Lo que te quiero decir a fin de cuentas es más simple que lo que te he dicho hasta ahora. Quiero que te des más oportunidades. Quiero que cuando reflexiones sobre tu vida me pongas a mí en ella, cogiéndote la mano. Se trata de tomarse las cosas de otra manera. Que al final la foto depende de cómo enfocamos la cámara.

—¿Qué quieres decir con lo de ponerte a ti en mi vida? Si te intentara besar ahora mismo... —como respondiendo a una voz interior que le dijo que era mejor pasar a la acción, Pablo trató de besar a Paula en la boca. Ésta se apartó a tiempo.

—No, Pablo. Tienes que arreglarte a ti mismo primero. Voy a estar contigo, quiero verte ahuyentar a tus demonios y salir a la luz, pasar tiempo de calidad juntos. Y al final del camino, ¿quién sabe? Me parece muy guapo, después de haberte obligado a asearte un poco. No querría que ninguna me lo quitara cuando estuvieras puesto a punto —Paula le guiñó un ojo a Pablo, que le devolvía la mirada boquiabierto. Parecía tratar de asimilar tal torrente de información emocional.

—¿Es una promesa?

—Entiéndelo como... un posible negocio. Cómprame mi propuesta y quizás en el futuro... ¿quién sabe? Mirémonos a los ojos entonces, cuando podamos decir que somos versiones mejoradas de nosotros mismos. Porque yo todavía tengo mucho que mejorar también. Y dos personas que han madurado juntas de ese modo no pueden por menos que sentir cosas, ¿no?

—De acuerdo. Me has convencido. Si es un negocio, firmemos el contrato.

—¿Y cómo quieres firmarlo? Que te veo venir —preguntó Paula, conociendo la respuesta.

—Con un beso.

—Pero corto. Que sólo sirva como firma.

Y allí en el parque, en medio de un remolino de hojas movidas por el viento, ante la mirada risueña de algunos jubilados, Pablo y Paula se besaron, se sonrieron el uno al otro y se fundieron en un largo abrazo.

Epílogo: Detú colige

—¿Cuáles son tus aficiones?

—Lo que más me gusta es sentir un suelo firme bajo mis pies mientras paseo con un calzado cómodo y unos calcetines gruesos. También me agradan los bosques fríos y espesos, las puertas que crujen, los rincones poco frecuentados de los edificios y en especial el sofá de mi casa donde leo, ese sofá pretérito bajo la luz titilante de la lámpara.

—Colijo entonces que disfrutas de la lectura.

—Colige usted bien.

—Mira, se me hace extraño que uno de los dos tutee al otro pero no al revés. Llámame de tú.

—De acuerdo, Detú —tras un segundo de reflexión—: Espere, creía que se llamaba usted Juanjo, que ya es de por sí compuesto. No me complique las cosas, déjelas como están.

—Mantengámonos en el trato formal, pues. ¿De dónde extrae usted tanto tiempo libre para escribir? Me consta que es usted un abnegado trabajador de tiempo completo... Ni siquiera su madre, precoz y prolífica escritora, que en paz descansa, le supera en lo que lleva usted escrito a día de hoy.

—Retuerzo el tiempo hasta hacerle sufrir.

Silencio de tres segundos.

—Colijo que se organiza muy bien para compaginar sus actividades.

—De nuevo colige bien.

—¿Nos puede leer algún microrrelato suyo, de ésos que todo escritor tiene en su cajón pero que no ha salido a la luz por una razón u otra?

—No.

—Mmm, de acuerdo.

—¿No le ha gustado?

—Si ha denegado mi propuesta...

—Se trata del microrrelato más breve del mundo: “No”. Capta de manera magistral la esencia de las sociedades actuales y de las relaciones entre las personas. Aunque estoy trabajando para superar el susodicho mérito de la brevedad.

—Ah...

—No, “ah” no lo supera, sólo lo iguala, pues aunque la hache es muda sigue gozando de todos sus derechos como letra legítima del alfabeto

español.

—Tengo que decirle que es usted todo un personaje...

—Respéteme. Soy una persona real, no un personaje. Note la diferencia.
Debo decirle que aquí no ha colegido usted bien.